

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Exilio dorado

Tiene que ser muy duro verse obligado a abandonar el poder que durante años nos ha estado proporcionando todo cuanto se puede obtener de la vida y encontrarnos de pronto sometidos al exilio, es decir, al alejamiento físico de una persona de la tierra en que ha nacido y vive. Dicho de otro modo; el exilio es la expatriación de una persona, generalmente por motivos políticos que no siempre son justos… En cualquier caso, el alejamiento de nuestra patria siempre es doloroso… Pero, quizá no sea tan malo ni doloroso si se puede disfrutar de un Exilio dorado, es decir, seguir disfrutando de la vida incluso mejor que antes. Este consuelo se lo proporciona la CIA por mediación de Baby a un presidente que ha aceptado todos los contratiempos con tal de evitar el derramamiento de sangre en su país.



Lou Carrigan

Exilio dorado

Brigitte en acción - 462

ePub r1.1
Titivillus 07.01.2018

Lou Carrigan, 1990

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Mientras pasaban las imágenes por el monitor de televisión se escuchaba una hermosa y motivadora música caribeña, muy acorde con los deslumbrantes paisajes verdes y azules. Verde de vegetación, azul de mar… Y azul de un hermoso y resplandeciente cielo que parecía iluminado por mil soles. Bellísimas isla, altas palmeras, refulgentes mares y riachuelos. Pequeñas poblaciones encantadoras y carreteras cruzando paisajes idílicos, modernos si bien pequeños aeropuertos, puertos marítimos de cómoda concepción… Y luego, la parte continental del país, con la capital, la hermosa ciudad de blancos rascacielos, puertos deportivos, avenidas costaneras, parques y jardines…

Brigitte Montfort conocía aquella ciudad, la capital de San Américo, aunque nunca había estado en ella. La conocía naturalmente por referencias culturales, así como su esporádico protagonismo en algún que otro noticiario de la televisión norteamericana. Pero aquello no era un programa de televisión, sino un pase privado de un video de casi una hora de duración dedicado al bello país caribeño llamado San Américo, y su capital, Ciudad América. Una hora de hermosas imágenes y encantadora música.

—Deberían vender ustedes este video a alguna empresa de promoción turística de San Américo —dijo Brigitte, de pronto—. Podrían obtener un buen precio.

Durante unos segundos reinó el silencio en la sala especial para visionar programas privados televisivos. La *TV Room*, ubicada en uno de los sótanos del edificio sede de la CIA en Langley.

Por fin, se oyó la voz masculina:

—Nosotros no estamos bromeando, señorita Montfort.

—Yo tampoco —replicó Brigitte—… Lo que quiero decir es que llevo aquí demasiado tiempo viendo un programa turístico. Es muy

bonito, pero empiezo a aburrirme. ¿Para qué me han hecho venir realmente?

—Permítanos que cambiemos la videocinta.

—De acuerdo.

Unas órdenes fueron susurradas por teléfono interior. Las imágenes de paisajes de ensueños fueron retiradas. Comenzó un programa nuevo, diferente. Apareció el rostro de un hombre de unos cincuenta años. Un rostro adiposo, de astuta sonrisa simpática, de pequeños ojos negros, inteligentes, maliciosos, divertidos.

—Como sin duda usted sabe —se oyó la misma voz varonil de antes—, este hombre es Reinaldo Lugones Ubada, presidente de San Américo. El señor Lugones es un buen amigo de los Estados Unidos, y ha llegado el momento en que le demostremos que sabemos corresponder… Ah, ésta es su esposa, la joven y bella Águeda Martínez… Una criatura encantadora. Suele aparecer mucho en las revistas suramericanas dirigidas a público preferentemente femenino. Es muy normal en el continente centro y suramericano.

Brigitte no contestó. Su azul mirada estaba implacablemente fija en las imágenes de la esposa del presidente de San Américo. En efecto, era muy hermosa, con un cuerpo espléndido, boca llena y jugosa, ojos negros que parecían contener fuego, y sonrisas deliciosas, todo ello como envuelto en una fragante y enorme cabellera negra más digna de una cálida mulata. Y ciertamente, era joven: no debía de tener ni siquiera veinticinco años, es decir, un cuarto de siglo más joven que su adiposo aunque vivaz e interesante marido.

—¿Qué es lo que tenemos que demostrar respecto al señor Lugones? —inquirió Brigitte.

—Que somos sus amigos.

—Eso ya lo he entendido. Mi pregunta tiene otro sentido, que ustedes han tenido qué captar perfectamente: ¿por qué necesita ayuda el señor Lugones?

—Porque corre peligro de muerte. Observe las nuevas imágenes… Este hombre es el general Santos Sansalvador, un militar de carrera dotado de grandes influencias en San Américo y que finalmente está consiguiendo que Reinaldo Lugones pierda el favor del pueblo sanmericano. No sólo esto, sino que, en previsión de que todavía pudiera Lugones conseguir el suficiente apoyo para

ganar las próximas elecciones presidenciales, Sansalvador ha decidido asesinarlo…

—¿Cómo sabemos nosotros eso?

—El señor Lugones, naturalmente, tiene buenos amigos introducidos en las filas del general Sansalvador, y ha sido informado de los planes de éste: desprestigiar a Lugones, y si es necesario asesinarlo con tal de ser elegido presidente de San Américo en las próximas elecciones.

—Una cosa es planear y otra cosa es llevar a la práctica.

—El general Sansalvador *ya está llevando a la práctica sus planes*. Por el momento, ha conseguido poner de su lado a los más altos y prestigiosos mandos militares de San Américo, cosa que no es demasiado sorprendente, dado su ascendiente militar, su historial completo. Y en estos momentos, mientras sus colaboradoras están… digamos sondeando sus probabilidades de salir elegido presidente por medios normales y legales, él ha ordenado que la villa del presidente Reinaldo Lugones permanezca bajo discreta pero no por ello menos eficaz custodia militar.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Significa exactamente que si los sondeos que están realizando los amigos del general Sansalvador indicasen que éste no había de ganar las próximas elecciones, el señor Lugones sería asesinado en su propia villa, en la cual, a efectos prácticos, está prisionero, acorralado por numerosa tropa que está ciegamente a las órdenes de Santos Sansalvador. Todo se está haciendo muy discretamente, con mucho estilo y cautela, pero el hecho cierto es que el presidente de San Américo se halla prisionero en su propio domicilio…, y con riesgo de su vida si los sondeos del general Sansalvador no le son favorables.

—Imagino —sonrió de pronto Brigitte— que eso no le gusta demasiado al señor Lugones.

—No le gusta nada en absoluto. Paro no puede hacer nada. Está bien claro que las fuerzas armadas obedecen ya al general Sansalvador, de modo que por ahí no hay nada que hacer: el señor Lugones está prisionero. El pueblo de San Américo no lo sabe, todo parece normal allí…, pero el señor Lugones tiene la vida pendiente de un hilo.

—Sí, comprendo… ¿Y cómo podría Estados Unidos ayudar al

señor Lugones?

—Bueno, evidentemente y en principio, poniéndolo a salvo.

—Es decir, sacarlo de su domicilio y trasladarlo a otro lugar donde se hallara a salvo de las maquinaciones de asesinato por parte del general Santos Sansalvador.

—Evidentemente. Una vez hecho esto, la CIA podría… intervenir de modo más o menos directo en la cuestión que afecta a las próximas elecciones en San Américo. Pero lo primero, lo esencial y urgente, es rescatar al señor Lugones, quitárselo de las manos al general Sansalvador.

—Cosa que no parece nada fácil. ¿Cuántos soldados se calcula que están… «custodiando discretamente» al señor Lugones?

—Muy bien distribuidos y apostados estratégicamente en torno a la villa del señor Lugones hay no menos de setecientos soldados.

—¡Zambomba! —exclamó graciosamente Brigitte.

Hubo algunas risas.

En el monitor de televisión persistía quieta la imagen del general Santos Sansalvador, hombre también de unos cincuenta años, de facciones duras, recias, y mirada de águila. Su boca, de labios delgados, se apretaba en una mueca que, muy remotamente, podía parecer simpática, pero todo él sugería fuerza y decisión arrolladoras.

—Sí —continuó el informante cuando cesaron las risitas—, realmente la situación no resulta nada tranquilizadora ni esperanzadora. Está bien claro que la posibilidad de que un comando derrote a setecientos soldados es más bien increíble. Existe, claro está, la idea de intentar el rescate utilizando helicópteros. No sería ni mucho menos imposible llegar con tres o cuatro helicópteros a los jardines de la villa del señor Lugones, recoger a éste, a su esposa y algunas personas más, y sacarlo de allí… Pero si bien podemos contar con llegar allá por sorpresa, debemos desecharla a la hora de escapar, pues aunque la recogida de los señores Lugones sólo fuese cuestión de un par de minutos, es tiempo más que suficiente para que las tropas que custodian la villa reaccionasen… La idea de que abatiesen con morteros, cañones, ametralladoras, o cualquier otro medio al señor Lugones no nos complace.

»Tampoco nos hace gracia aunque lográsemos escapar de ese

cerco de infantería, pues los helicópteros serían alcanzados muy pronto por un par de cazas que los pulverizarían… Y en cualquier caso, la muerte del señor Lugones no se imputaría al general Sansalvador, sino que, todo lo contrario, éste sería considerado como un héroe que había intentado salvar al señor Lugones de unos «secuestradores».

—Comprendo. Y francamente, no lo tienen ustedes nada fácil.

—Por eso le hemos rogado que viniera, agente Baby.

Brigitte Baby Montfort, la espía más audaz, inteligente y peligrosa del mundo, se quedo como absorta contemplando en la pantalla las duras facciones del general Santos Sansalvador.

—O sea —murmuró tras unos segundos de silencio—, que ustedes pretenden que yo saque de esa trampa al señor Lugones.

—Sano y salvo. Con su esposa y algunas personas más de su afecto y compañía.

—Ya. Pero no puede hacerse ni por aire ni por tierra, y la villa no está en la costa, ¿verdad?, o sea que tampoco se puede sacar por mar, en una lancha o en un submarino… ¿Tal vez hay algún túnel secreto en la villa del señor Lugones?

—Si hubiera un túnel secreto ya habría sido utilizado.

—Claro. Entonces… ¿cómo esperan que yo consiga semejante hazaña?

—La agente Baby es usted, no nosotros.

—¿Qué quieren decir con eso?

—Como comprenderá, a nosotros se nos han ocurrido… diversos procedimientos o pequeños trucos que *tal vez* diesen resultado y nos permitieran conseguir nuestro objetivo. Pero el riesgo es siempre demasiado grande: las vidas del señor Lugones, su esposa y otras persones…, aparte, claro está, de nuestro propio personal que interviniera en la operación. Y luego, las consecuencias del fracaso, pues todos sabemos que el general Sansalvador no es precisamente un admirador de los Estados Unidos.

—Sí, eso lo sé —sonrió de nuevo la divina espía—. Pero no significa nada para mí: una persona puede no admirar a los Estados Unidos y ser… simpática, inteligente y honesta.

—Señorita Montfort —intervino otra voz—: el general Sansalvador es uno de nuestros más acérrimos enemigos para nuestros planes de… asentamiento en la América latina.

—¡No irán a pedirme también que asesine al general Sansalvador!

—Nos conformaremos con que saque de San Américo al señor Lugones.

—Se diría que ustedes lo dan por hecho. ¿Por qué no recurren a cualquiera de sus planes? No creo que a mí se me ocurran mejores.

—Tal vez no, pero una cosa sí tenemos segura: nosotros podríamos meter la pata en cualquier momento, mientras que usted, no sabemos por qué milagro de la naturaleza o de la vida, todo lo que hace lo hace bien…, o le sale bien. Llámelo sapiencia, inteligencia o suerte, usted *siempre* resuelve los problemas. Aceptado esto, no vamos a ser tan tontos de privarnos de sus inestimables servicios, como tantas otras veces.

—Son ustedes muy amables. De acuerdo: sacaré al señor Lugones y a sus familiares de ese encierro. ¿Dónde quieren ustedes que lo deposite?

De nuevo se hizo el silencio, ahora más prolongado que antes. Por fin, otra vez la primera voz:

—¿Realmente lo va a hacer?

—Ustedes acaban de pedírmelo, ¿no as así?

—Pero… Bueno, usted dice que lo va a sacar de allí. ¿Y eso es todo?

—Zambomba, ¿qué más quieren que haga?

—Es que, francamente, nos parece imposible.

—Entonces… ¿por qué diantre me lo han pedido?

—Si ella dice que lo hará es que lo hará —intervino una nueva voz, profunda y recia—… Y si les parece bien, yo me quedaré ahora con ella, para visionar juntos los planos y mapas que necesitará para moverse con soltura por Ciudad América y especialmente en torno a la villa del señor Lugones, así como por el interior de ésta.

—De acuerdo, Cavanagh. Buena suerte a los dos.

Se oyeron rumores diversos, carraspeos, cuchicheos… Se abrió y se cerró una puerta. Apareció la llama de un encendedor, que iluminó el rostro masculino en cuyos labios había un cigarrillo. Un rostro maduro, enérgico, como aureolado por una cabellera que recordaba la melena de un león: *Mr*. Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, y por tanto, jefe directísimo de la agente Baby. Tras encender el cigarrillo, Cavanagh comentó:

—Les ha dado una buena sorpresa, Brigitte.

—No veo por qué. Ellos esperaban mi ayuda para conseguir sus propósitos, ¿no es cierto?

—No, no la esperaban.

—¿Por qué no?

—Porque todos sabemos perfectamente que Reinaldo Lugones es todo un grandioso hijoputa… Uno de esos enormes hijos de puta dictadores, tiranos y explotadores escarnecedores del pueblo, o sea, uno de esos personajes a los que la agente Baby quita de en medio sin vacilar.

—Caramba, querido, ¡qué expeditivo es usted!

—Yo no: usted lo es. Y nuestro Consejo de la CIA lo sabe perfectamente. Por eso los ha sorprendido: porque en el fondo, lo que ellos esperaban era que usted no sólo se negase, sino que les dijera algo así: «señores, por mucho que a ustedes les convenga la amistad de ese Lugones no seré yo quien vaya a salvar su criminal vida, de modo que espabilen sin mi colaboración».

—Ya veo que hoy está usted en plan filosófico —soltó una carcajada la bellísima Brigitte.

—¿Y en qué plan está usted? —replicó Cavanagh.

—¿Yo? En ninguno especial. He acudido a una llamada de mis jefes, les he escuchado, y he aceptado sus instrucciones y deseos. ¿No es normal que un empleado obedezca a su jefe?

Se miraban fijamente, expectantes ambos, sonriente Brigitte. Por fin, Cavanagh masculló:

—De acuerdo, pediré ahora que nos pasen toda la información que necesita usted para conocer el terreno y todas las circunstancias. Lo teníamos todo preparado…, por si acaso aceptaba.

—¡Pero qué insistencia…! —protestó Brigitte—. ¿Por qué no tenía que aceptar?

—Si le cuento esto a Pitzer, o a Minello, o a cualquiera de nuestros amigos verá usted cómo se sorprenden tanto o más que yo. Ninguno aceptaría tranquilamente que Brigitte Montfort se arriesgase por salvarle la vida a un asqueroso hijoputa.

—Pero bueno…, ¿de qué parte está usted?

—De Estados Unidos —aseguro Cavanagh—. Pero Lugones sigue siendo uno de los más grandes hijosputa del mundo.

—Tal vez —encogió los hombros la espía—… Pero yo ya he dado mi palabra de que lo sacaré sano y salvo de allí, de modo que eso es lo que voy a hacer. Hasta yo tengo derecho a hacer tonterías alguna vez, ¿no le parece?

Capítulo II

El avión procedente de Miami tomó tierra en una de las pistas del moderno aeropuerto de Ciudad América, en la pequeña república caribeña de San Américo. El día era espléndido, el ambiente grato, el sol parecía de oro. El joven capitán Lope Carvajal se sentía incómodo vistiendo de paisano. Incómodo y preocupado, pues no tendría nada de gracia que alguien que le conociera le viera y fuese con el cuento de que el capitán Carvajal, vestido de paisano, había sido visto en el aeropuerto esperando a alguien. Y peor todavía si ese alguien era un enviado de la CIA. ¡Nada más faltaría esto, que el general Sansalvador supiera que él tenía tratos con la CIA! A decir verdad, más que tratos. A decir verdad, hacía tiempo que el joven capitán Carvajal trabajaba para el espionaje norteamericano. Era uno de tantos hombrecillos que vendían su dignidad por un plato de lentejas. Sí, por un plato de lentejas nada más, porque a fin de cuentas, el espionaje yanqui no pagaba demasiado bien. ¿Por qué demonios se habría metido él en aquellas cosas del espionaje? Por dinero, sí, claro… ¡Por una maldita miseria de dinero!

Y ahora, allí estaba, haciendo el payaso: le habían dicho que esperase en el aeropuerto la llegada del enviado de la CIA, el cual le distinguiría porque tendría en las manos un libro del poeta Alberto Granados… ¡Menos mal que no le habían exigido que sostuviera un libro de Steinbeck, por ejemplo!

En fin, maldita sea, que…

—¿Capitán Carvajal?

Lope respingó, y se quedo mirando con expresión alucinada a la preciosa mujer rubia de ojos azules que le contemplaba con una sonrisa que tenía mucho de simpática, pero todavía más de guasona. ¡Vaya cuerpo tenía la rubia! Era alta, esbelta y flexible, pero indudablemente fuerte, no una de esas muñecas de huesos frágiles y carnes blandas… Estaba bronceada, era sanísima, sus

senos resaltaban deliciosamente en la ligera blusa…

—¿Quién es usted? —murmuró Lope carvajal.

—Yo he preguntado primero —casi rió la rubia—, pero en fin, no vamos a ponernos a discutir, ¿verdad? Soy la persona que usted está esperando con el libro del poeta Granados en la mano.

—¿La envía la CIA? —Casi gritó Carvajal.

—¡Ssst! —Se llevo la rubia un dedito a los labios, mirando con no poca gracia alrededor, en plan misterioso—. ¡Que nos van a oír!

—Pe-pero… pero… ¡yo estoy esperando a un hombre!

—¿No le gustan las mujeres?

—¡Yo estoy esperando a un hombre! ¡Me dijeron que enviarían a un hombre!

—No señor —rechazó la rubia—. Le dijeron que le iban a enviar a una persona a la que debería *obedecer absolutamente en todo*. Y esa persona soy yo. Ahora, escuche mi primera orden: deje de poner cara de bobo, salgamos de aquí, y lléveme en su coche al sitio que le dijeron que debía tener preparado para que me sirviera de cuartel general. ¿De acuerdo?

—Pu-pues… Bueno, sí… Claro.

—Perfecto. ¿No ha visto llegar mi avión?

—¿El procedente de Miami? Oh, sí.

—Pues no lo parecía. He tenido tiempo de desembarcar, cumplir los trámites, y observarlo durante un par de minutos sin que usted reparase en mí. ¿En qué estaba usted pensando?

—En que estoy arrepentido de trabajar para la CIA.

—Anda con qué me sale ahora… ¡Y yo también me he arrepentido cientos de veces! Pero si hemos de hacer algo lo vamos a hacer. ¿Cierto?

—¿De verdad espera conseguir sacar del país al presidente?

—Lo haremos mañana por la noche.

—Ya. Ya, ya. Mañana por la noche, ¿eh?

—Sí. ¿Podré ver el mar?

—¿Qué?

—Que si el sitio que me ha buscado para alojarme está cerca del mar.

—Ah. Sí, sí, está en la playa, a un par de kilómetros del aquí, hacia el sur.

—Pues no perdamos más tiempo.

—¿Cómo se llama usted?

—Lili Connors —rió la rubia.

Carvajal asintió, pero refunfuñando algo. Se hizo cargo de la única maleta de la recién llegada señorita Connors, y señaló con gesto interrogante el maletín rojo estampado con florecillas azules que sostenía Lili.

—¿Y esto?

—Esto lo llevo siempre yo. Contiene mis maquillajes.

Salieron del edificio, y caminaron bajo el sol de oro hacia donde Lope había dejado su automóvil; mejor dicho, el automóvil que había alquilado y que tendría que dejar a disposición de la enviada de la CIA. Maldita sea, lo que faltaba, ¡una mujer! ¿Cómo demonios se les ocurría la estúpida idea de enviar una mujer para algo tan difícil y comprometido? Ah, claro: ¡seguro que detrás de la señorita Connors llegaría el verdadero enviado, un hombre alto, fuerte, rubio, astuto…! Hombre, claro: ¿cómo no se le había ocurrido antes?

—¿Cuándo llega él? —preguntó, tras acomodarse ambos en el coche.

—¿Él? ¿Quién?

—Su jefe, el tío listo, el que lo hará todo.

—Ah. Pasado mañana.

—¿Pasado mañana? ¡Pero si la cosa hay que hacerla mañana por la noche…!

—Capitán —suspiró Lili Connors—; es usted un cretino.

* * *

El pequeño pero encantador *bungalow* estaba, efectivamente, en una playa. Una playa como las que Brigitte Montfort había visto en la cinta de video que le habían proyectado en la Central de la CIA en Langley: sol a raudales, cocoteros, aguas de refulgente azul… La copia del paraíso. En esas aguas, la espía estuvo nadando parte de aquella mañana y un buen rato por la tarde, con intervalos que dedicaba exclusivamente a tomar el sol, como si fuese la persona más pacífica del mundo y no tuviera nada más que hacer en la vida.

Por la noche, muy misteriosamente, en una motocicleta que dejó escondida entre unos arbustos de flores, llegó el capitán Lope

Carvajal, portando un portafolios. La señorita Connors le recibió amablemente, lo llevó a la diminuta salita que olía a mar y desde cuyos ventanales se veía la luna de tono calabaza como flotando sobre las aguas insólitamente quietas, como si fuesen un gigantesco espejo, y le señaló una de las butacas de mimbre.

—Siéntese y descanse de sus inmensas fatigas —invitó—… ¿Quiere tomar un refresco?

—Preferiría una copa de ese champán que la CIA me ordenó que tuviera en gran cantidad en el frigorífico —masculló Carvajal.

—Es usted tan tonto, que no merece champán. Y además, puesto que todavía está enfadado conmigo por llamarle cretino, no debería invitarlo ni siquiera a refresco.

—No me gustan los refrescos: me hacen polvo el estómago.

—Eso lo comprendo perfectamente. De acuerdo, le invitaré a champán.

Poco después, Lope Carvajal eructaba escrupulosamente tras beber el primer sorbo de helado champán. Lili Connors, que estaba mirando las fotografías que había sacado del portafolios, ni siquiera le miró. Dedicaba toda su atención a las fotografías, todas ellas rostros de personas inconfundiblemente nativas. Había unas veinte fotografías.

—En general están bien —dijo por fin Lili, mirando al satisfecho Carvajal—, pero le dije a usted que como mínimo debían ser treinta personas.

—No se preocupe usted, que para la tarde de mañana tendré posiblemente otras veinte más.

—O sea, cuarenta en total. Perfecto. ¿Y el autocar?

—Tranquila. Eso está hecho.

Lili contemplaba fijamente a Carvajal, que se estaba sirviendo otra copa de champán. La azul mirada de la espía parecía como una luz fija y penetrante.

—Capitán Carvajal: si usted no hace bien todo lo que yo le he dicho nos acribillarán a todos.

—Ya le he dicho que esté tranquila.

—¿Sabe usted cuántas personas abandonarán la residencia del señor presidente?

—Cuatro en total: el propio presidente, naturalmente su esposa, y el secretario de él, Esteban Araujo, y la doncella personal de ella,

Carmela Sánchez. La señora Lugones quería llevarse más personas de su servicio, pero la convencimos de que no era prudente. Además, las personas que van a quedarse no corren ningún peligro de ser molestadas por el general Santos Sansalvador, pues son sólo honestos ciudadanos tomados al servicio del presidente; y eso no es ningún delito.

—O sea, cuatro. ¿Con quién ha estado usted organizando todo esto?

—Con Araujo. Es un hombre muy inteligente, un buen colaborador, y muy fiel al presidente Lugones. Debo advertirla a usted de que Araujo está muy asustado, y que ni mucho menos se halla convencido de que logremos nuestro propósito. Además, quiere saber cómo vamos a hacerlo.

—Si vuelve a hablar con él, dígale que haga su parte, es decir, promover todo eso de la fiesta en la casa presidencial mañana por la noche. Lo demás, lo haremos nosotros.

—Es que a mí también me gustaría saber cómo lo vamos a hacer, y cómo espera usted que con cuarenta personas podamos vencer a casi mil soldados.

—Sigue siendo usted un cretino —suspiró Lili—... ¡Y deje de beber champán! ¡Lo bebe como si nunca en su vida lo hubiera probado!

—Es que nunca lo había probado.

Lili hizo un gesto de fastidio, y recurriendo a su radio de bolsillo, por supuesto puesta en la onda del Caribe, pulsó el botón de llamada. La respuesta fue inmediata:

—Adelante.

—¿Simón?

—Hola. Éste es el momento más feliz de mi vida. Imagínese, tengo cincuenta y seis años, nunca he hecho nada importante, ¡y cuando ya estaba empezando a pensar en retirarme me dicen que tengo que colaborar con Baby! ¿No es para morirse de gusto?

—Mejor que no muera nadie, Simón —rió Lili—... Ni de gusto, ni de nada. Recuerde que en esta misión no quiero ni tan siquiera que suene un solo disparo. Guante blanco.

—Si usted lo ha decidido así, así será.

—Bien. Además de usted necesito tres personas más: un hombre de su edad aproxímala y dos mujeres, y que recojan todas sus cosas,

porque jamás podrán volver a San Américo.

—Entendido.

—Los recogeremos a todos mañana por la noche, en el sitio convenido, con el autocar.

—Perfecto. ¡Esto va a ser la gran juerga!

—Sí —sonrió la espía—..., esperemos que sí. ¡Bien mirado, es verdad, esto va a ser la gran juerga!

—Vaya que sí —aseguró Lope Carvajal, copa en mano—... ¡La gran ju...! ¡hip! la gran ju... ¡hip! ¡la gran juerga...! ¡Hip!

* * *

El enorme autocar lleno de ruidosos pasajeros se detuvo en determinado punto de su recorrido por carretera, y cuatro personas subieron a él, sumándose al jolgorio general. El estruendo era terrible: se cantaba y se intentaba bailar, se tocaban guitarras, armónicas y acordeones, se gritaba y se reía... Era como un circo ambulante comprimido entre chapas metálicas y ventanillas de cristal «security». Más de cuarenta personas en pleno jolgorio no era, ciertamente, algo que pudiera pasar desapercibido, y lo mismo el autocar gigantesco, que parecía un ascua de luz deslizándose por la carretera. Los personajes eran de lo más diverso: desde un par de elegantes caballeros vestidos de irreprochable esmoquin negro hasta bailarines indios, pasando por preciosas mulatas en ropa de poner nervioso a los hombres, tres acróbatas, un indio impasible que tocaba la flauta como si estuviese solo, perdido en las inmensidades de los Andes..., y la simpática negra de los grandes ojos que parecía de negro betún.

Junto a la negra precisamente fue a sentarse el hombre de alrededor de cincuenta y cinco años, más bien bajito, regordete de cuerpo y con sanos mofletes faciales quemados por el sol, ojos pequeños y negros, gran bigote... Latino ciento por ciento.

—Aquí me tiene —dijo el hombre, mirando con curiosidad ansiosa a la espléndida negra—... ¡Oiga, su tinte de piel está muy bien conseguido!

—No es precisamente un tinte, Simón —explicó la negra—... Quiero decir que no es un tinte externo, sino interno.

—¿Qué quiere decir?

—La piel se tiñe de negro por medio de una sustancia llamada Blackcolor que me inyecto por vía subcutánea. Su efecto dura más o menos tiempo según la dosis y la intensidad de la sustancia.

—¿Está bromeando? —mascullό Simón.

—No. Oiga —rió la negra—, ¡me lo imaginaba de otra manera!

—Ya. Supongo que pensaría usted que era uno de esos guapos muchachos altos y rubios tan representativo de nuestro país, pero ya ve: bajito, moreno, ojos negros y con bigote. ¡Por eso llevo tanto tiempo trabajando en el área latina…! ¡Maldita sea, estoy harto de todo esto!

—¿Qué le gustaría hacer?

—¿En lugar de seguir por estos lugares? Pues mire, ya sé que le voy aparecer un poco loco, pero toda mi ambición de espía ha estado siempre basada en dos puntos. Punto 1: llegar a trabajar algún día con usted. Punto 2: que la Central me destine a París, hasta que me llegue la jubilación.

—¡Zambomba, nada menos que París…!

—Es que… ¿sabe?, uno se cansa de tanta mulatita, negras y demás cachondas del área del Caribe, y le gustaría aunque ya esté madurito para estas cosas, pasar una temporada con chicas elegantes, sofisticadas, rubias y suaves… ¿Comprende?

—Desde luego que sí —rió de nuevo la bella negra—. Bien, al menos ya ha conseguido uno de los puntos. Esperemos que todo salga bien, para que pueda usted contarlo, Simón. Dentro de seis minutos llegaremos a la residencia del presidente de San Américo, el señor Reinaldo Lugones Úbeda…

—Eso será —dijo Simón, de pronto sombrío— si las tropas que lo custodian nos permiten pasar, cosa que me permito dudar, francamente.

—Claro que nos dejarán pasar —aseguró la negra—… Apuéstese lo que quiera a que nos dejarán pasar sin problema alguno…

* * *

—Ha surgido un problema, mi general. Un problema pequeño y absurdo, pero el hecho es que nuestros oficiales destacados en la residencia del presidente no saben resolverlo por sí solos.

El general Santos Sansalvador, que tenía su dura mirada fija en

el oficial que le estaba pasando el informe, murmuró:

—¿Qué problema?

—Una fiesta, mi general.

Santos Sansalvador quedó tan sorprendido cono los otros seis hombres que había en la sala de la casa del general rebelde. Habían estado reunidos toda la tarde, las conversaciones seguían, todo estaba lleno de humo, de problemas y de temores, de dudas y de contratiempos…, y ahora, el general Sansalvador y los seis jefes de Estado Mayor que le apoyaban en la rebelión recibían la noticia de la fiesta.

—¿Qué fiesta? —Gruñó uno de los presentes.

—Una fiesta con música, baile, juegos de manos, acrobacias…, todo eso, mi general —explicó el oficial—… Han llegado todos en un autocar enorme, y naturalmente se le ha dado el alto. Aseguran que han sido contratados telefónicamente por el señor Araujo para actuar esta noche en la residencia del señor presidente.

—¿Telefónicamente? —intervino otro de los reunidos—. ¿Acaso no tenemos intervenidas las líneas telefónicas de la casa presidencial?

—Sí, mi comandante. Pero me permito suponer que el señor Araujo ha podido utilizar el radioteléfono de uno de los coches presidenciales, y eso es más difícil de controlar.

—Bueno, no me gusta esto —dijo otro—… ¡No me gusta! Tiene que ser alguna jugada por parte de ese cerdo, de modo que ese autocar no va a pasar.

—Sí que ha de pasar —dijo suavemente al general Sansalvador —… ¿No lo comprende, Álvaro? Si no dejamos pasar a esos cómicos será cuando las cosas se complicarían, pues ellos no se callarían, lo irían diciendo por todas partes, y llamaría la atención respecto a que algo extraño está ocurriendo en la casa presidencial. Y no estamos aquí rompiéndonos la cabeza buscando soluciones incruentas para que ahora nos fastidien unos cómicos.

—Pero si entran y luego salen seguro que Lugones se las arreglará para enviar mensajes por medio de ellos, o les dirá lo que ocurre, esto es, que está prisionero en su propia residencia.

—Pues que entren pero que no salgan —sugirió otro.

—Tienen que salir —movió la cabeza Sansalvador—… Esos cómicos tienen que entrar y tienen que salir. Ahora bien, es seguro

que el presidente les dirá algo. O él o Araujo, desde luego. Así que… dejaremos que el autocar entre, dejaremos que se celebre la fiesta, y dejaremos que el autocar salga de la residencia… Luego, simplemente, detendremos el autocar, cuando ya estén lejos de la residencia, y lo llevaremos a unos de nuestros acuartelamientos, donde esos cómicos permanecerán hasta que todo esto haya terminado.

—La idea es buena —asintió uno—. Pero me pregunto qué estamos esperando para terminar. Todo está a punto, ¿no? Sólo tenemos que decidirnos a tomar el poder, y cortarle la cabeza a ese cerdo.

—Quiero concretar más algunos puntos —se irritó Sansalvador —. No vamos a arriesgarnos a un fallo ahora por no tener paciencia un día más, Rafael.

—Está bien. Entonces… ¿qué?

—Ya lo he dicho: que ese autocar entre, salga, y sea llevado a un acuartelamiento. Ah, por si acaso, que se aseguren de que esos cómicos lo sean de verdad. Y sobre todo, capitán Villar, que se aseguren bien nuestros soldados de que nadie de ese autocar lleva armas. Curse las órdenes.

—Sí, mi general.

* * *

—Asqueroso sinvergüenza —dijo la negra, echando fuego por los ojos—… ¡Vuelve a tocarme los pechos con tus manos de mico viejo y verás cómo te arranco los ojos!

El suboficial rió, guiñó un ojo, y se dirigió hacia una de las puertas del autocar. Otros dos suboficiales, y dos soldados, fueron tras él. Cuando saltaron a tierra, dos capitanes esperaban el resultado del registro a que habían sido sometidas las personas y el autocar.

—Nada, mi capitán —aseguró el suboficial—… Le aseguro que ahí dentro no hay ni una cochina pistola. Puede que lleven escondida alguna navaja algunos de esos indios, pero eso es todo.

—De acuerdo —asintió el capitán—. Que pasen.

El suboficial asintió, se fue sonriendo hacia la parte delantera del vehículo, y le hizo señas al conductor. Éste asintió a su vez,

puso en marcha el motor, y arrancó.

Dentro del autocar, la música comenzó a sonar de nuevo, vibraron las canciones, las risas y los gritos. Como un enorme animal hecho de luz, el vehículo continuó por la amplia avenida hacia la residencia del presidente de San Américo.

—Me han dado tentaciones de meterle una patada en los testículos a ese puerco —masculló Simón, sentado junto a la negra —… ¡Cómo se ha aprovechado, el gran puerco, para meterle mano!

—Si todos los males que han de sobrevenirme son que un palurdo me toque los senos —dijo divertida la negra—, tengo la impresión de que me espera una vida muy apacible. Bien… ¿estamos todos preparados para la gran fiesta en casa del señor presidente?

Capítulo III

Las verjas que protegían el recinto de la residencia presidencial fueron abiertas apenas apareció el autocar en la avenida, de modo que el vehículo ni siquiera tuvo que detenerse. Continuó por el amplio sendero, para finalmente, detenerse frente al edificio de color crema que casi setenta años atrás se había construido para la residencia del presidente de turno en el pequeño país caribeño. Bajo las columnas impresionantes de la no menos impresionante entrada esperaba con evidente tensión un hombre, que se adelantó hacia el autocar, mirando a los que descendían. Tras él, quedaba una larga fila de criados, esperando el inicio de la gran juerga presidencial, que parecía que iba a ser en verdad sonada.

—Ah, Wallach —exclamó al ver al regordete Simón—… ¡Estaba empezando a temer que algo había salido mal!

—Todo ha funcionado bien, como ella preparó —señaló Simón con un gesto de cabeza a la espléndida negra que se había apeado tras él—… Le presento a la agente Baby. Éste es el señor Araujo.

El señor Araujo estaba pura y simplemente pasmado, boquiabierto, de modo que la negra soltó una risita mientras decía:

—Encantada, señor Araujo.

—Pe-pe-pero… ¡es una negra! —estalló por fin Araujo.

—¿Tiene usted algo contra los negros? —Frunció el ceño ella.

—Pu-pues no, pe-pero…

—Puede llamarme Perlanegra. Pero no hablemos aquí. Simón, encárguese del personal mientras yo converso con el señor Araujo. Y haga una sola llamada por la radio, para asegurarse de que la fase final no va a fallar.

—No fallará.

—Haga esa llamada.

—Sí, sí, de acuerdo, pero no fallará.

Perlanegra asintió, y miró interrogante a Araujo, que reaccionó

y señaló hacia la entrada de la magnífica mansión. Por un instante, Baby llegó a pensar que incluso era más regia que la Casa Blanca; y si no era de un modo absoluto, sí lo era proporcionalmente a la riqueza e importancia mundial de los respectivos países, San Américo y Estados Unidos de América.

Tras cruzar un vestíbulo de piso con mosaico que parecía mármol, las paredes llenas de cuadros, y techos cargados de bellas arañas de cristal que proporcionaban una iluminación sencillamente fastuosa, Esteban Araujo y Perlanegra recorrieron parte de un amplio pasillo que más bien parecía una sala de un majestuoso museo, y se detuvieron ante una puerta enorme, doble, de maderas finas, con chapados que parecían de oro… El rostro de Perlanegra permanecía impasible, pero sus ojos iban de un lado a otro como fotografiándolo todo.

Araujo abrió la doble puerta, pareció titubear entre cederle o no el paso a una negra, y finalmente tuvo el buen sentido de hacerlo. Perlanegra entró, y de nuevo su mirada, lenta, atenta, fotográfica, fue recorriendo el amplio y lujoso despacho. Cuadros, cortinajes, alfombras, arañas de puro cristal, muebles de teca y ébano, librerías con protección de cristal…

La puerta se cerró. Perlanegra fue a sentarse a uno de los sillones que había ante la mesa que ocupaba el fondo del despacho. Vio una caja de cigarros, la abrió, tomó uno, y tras olerlo lo encendió; el aroma del excelente habano se extendió por el despacho. Sentado ya ante ella, Araujo la contemplaba, repuesto de la sorpresa.

—Supongo —murmuró— que no es usted realmente negra, que eso es un disfraz.

—En efecto. En realidad soy rubia y de ojos azules. ¿A qué hora empezarán a venir los invitados?

—Todavía falta casi una hora.

—Bien. ¿Cómo los avisó? ¿Por teléfono?

—Los teléfonos están intervenidos. Disponemos de los radioteléfonos de los coches, que quizá no puedan ser controlados, pero no los utilizamos…, aunque ellos quizás estén esperando que lo hagamos.

—No, no lo esperan —rechazó Perlanegra—. Si ustedes pidieran ayuda de alguna manera podrían precipitar las cosas, de modo que

ellos, en el fondo, saben que ustedes no los van a utilizar. En realidad, ustedes están incomunicados en este palacio…

—No es un *palacio*; es la residencia del presidente de San Américo.

—He estado en palacios que no eran tan lujosos ni impresionantes como esta residencia.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Cómo avisó a los invitados?

—Utilizando el mismo sistema por medio del cual me puse en contacto con su compañero Wallach: el furgón que trae la correspondencia oficial y personal a la residencia lo conduce un hombre que es amigo mío hace muchos años. Él se llevó las invitaciones, para darles curso, y una nota para su compañero Wallach.

—Entiendo. Y me parece una vía inteligente. A partir de este momento a mi compañero Wallach no lo vamos a llamar más de este modo, sino, simplemente, Simón. Aparte de ese amigo de usted que conduce la furgoneta de Correos…, ¿tiene usted algún otro medio de contactar con el exterior?

—No… No.

—¿No… o sí? Espero que no sea tan estúpido de guardar esa clase de secretos conmigo, señor Araujo.

—Bueno, tenemos una pequeña radio, pero tampoco nos atrevemos a utilizarla, pues podrían tener intervenida la onda.

—Casi seguro. Pero bueno es saber que contamos con eso. No quiero ni pensar en que usted haya comentado *ABSOLUTAMENTE CON NADIE* que esta noche nos proponemos sacar de aquí al presidente y a tres personas más.

—¡Claro que no! —Respingó Araujo—. ¡No estoy loco!

—Mejor para todos. Entonces, a todos los efectos, ésta va a ser una fiesta que da el señor presidente, por incomprensible que les parezca a algunos.

—Seguro que a algunos les parece incomprensible —emitió una risita de conejo Araujo—… ¡Me gustaría verle la cara al general Sansalvador en estos momentos! Digo esto porque, claro, él ahora sí sabe ya que se va a celebrar una fiesta en la residencia. Sin su permiso el autocar no habría pasado. Bueno, ya nos enteraremos de sus comentarios al respecto.

—¿Nos enteraremos? —Alzó las cejas Perlanegra—. ¿De qué modo?

—El señor presidente tiene un buen elemento introducido en el Estado Mayor para la Revolución del general Sansalvador. Gracias a eso nos vamos enterando da las cosas, y podemos… actuar con cautela y prudencia.

—Ya. O sea, que el general Sansalvador tiene entre su grupo de colaboradores más directos un alto mando militar que le está traicionando, sirviendo secretamente al presidente Lugones.

—Así es.

—¿Y quién es ese traidor…, ese amigo del presidente?

—Él se lo dirá, señorita.

—Me permito suponer que no será el capitán Carvajal.

—No conozco a ningún capitán Carvajal; además, un capitán no es lo bastante interesante para formar parte del Estado Mayor Revolucionario.

—El capitán Carvajal trabaja para la CIA, señor Araujo. Se lo digo por dos motivos. Uno, que si en cualquier momento tuviéramos dificultadas de índole militar, quiero que ustedes sepan que todavía podríamos contar con cierta ayuda si el capitán Carvajal andaba cerca en ese momento, o bien pedir que le llamasen. Dos, que en cuanto termine esta misión el capitán Lope Carvajal dejará de prestar servicios en la CIA, así que no importa que usted le conozca…, considerando que además, como el presidente y su esposa, va a partir hacia el exilio.

—Todavía no hemos salido de aquí —murmuró Araujo—… ¿Por qué van a prescindir de los servicios del capitán Carvajal?

—Porque es un cretino que no sabe beber champán…, pese a lo cual bebe demasiado.

—Ah. Bueno, en todo caso supongo que será la CIA quien decida si lo despide o no, después de leer el informe de usted.

—Señor Araujo: la CIA *SOY YO*. Y ahora vaya a decirles al señor presidente y esposa que deseo verlos antes de que se inicie la fiesta, y que les agradecería que me recibieran en sus habitaciones.

Araujo iba de un pasmo a otro.

—¿En sus habitaciones? Pero en el despacho de…

—Más o menos, imagino cómo será el despacho del señor Lugones. Lo que quiero ver es cómo es su vivienda. A decir verdad

—Perlanegra sonrió de un modo encantador—, es pura curiosidad profesional, ¿comprende? Soy periodista.

—¡Pero no irá a publicar…!

—Señor Araujo: ¿me va a resultar usted tan cretino como el capitán Carvajal?

—No. Bueno, comprendo, sí… De acuerdo, espere aquí.

Esteban Araujo salió del despacho, y casi enseguida entró Simón, que encontró a Baby sentada y fumando pensativamente.

—Caramba —exclamó el regordete espía—, ¡fuma usted puros!

—Es un deporte como otro cualquiera.

Simón se echó a reír sin poder evitarlo, y acto seguido dijo:

—La fase final no tendrá fallo alguno, todo está perfecto…, lo que no me sorprende en absoluto: cuando Baby hace algo lo hace de verdad, y bien hecho.

Perlanegra le miró, sonrió, y continuó fumando y mirando alrededor. Simón quedó de pie cerca de ella, mirándola, esperando algún comentario, una orden, cualquier indicación… Nada. Perlanegra permanecía en silencio así que el espía permaneció donde estaba, de pie e inmóvil, esperando, hasta que ella le miró y le hizo una seña para que él se sentara. Araujo tardó todavía casi diez minutos en regresar.

—El señor presidente la recibirá dentro de cinco minutos en sus habitaciones privadas —dijo.

Perlanegra continuó fumando, como si no hubiera oído. Pero exactamente cinco minutos más tarde apagó el cigarro en un cenicero, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—Acompáñeme, Simón.

—Un momento —saltó Araujo—. El señor presidente no ha…

—Señor Araujo —le miró fijamente la negra—: yo soy quien lo decide todo y da todas las órdenes hasta el amanecer; si usted vuelve a discutirme cualquier cosa se quedará en San Américo.

Araujo miró con expresión desorbitada a Simón, que sonrió de oreja a oreja, fue a abrir le puerta, y se colocó a un lado. Pasó Perlanegra, luego Araujo, y por último Simón, que naturalmente, acompañó a Baby.

Subieron al primer piso por una escalinata de auténtico mármol de Virginia con vetas rosadas, apliques de Bohemia en la pared, alfombra turquestana en las escaleras, empapelado mural que

parecía más bien pan de oro… El pasillo al que llegaron tras los veintitantos escalones parecía un salón palaciego… Simón miraba a todos lados, y, de cuando en cuando, a la impenetrable Baby.

Araujo señaló a izquierda y derecha del pasillo.

—La parte izquierda, todo el ala, son las habitaciones de la señora Lugones. La parte derecha son las del presidente y su despacho privado. Es aquí donde nos está esperando… ¡¿Adónde va?!

La exclamación llegó tarde. Perlanegra había abierto ya la doble puerta que cerraba las habitaciones de la joven y bella esposa del presidente Lugones, y se coló dentro sin empacho alguno, seguida por Simón, que casi cayó sentado al suelo.

—Mi madre —dijo.

Mármoles, maderas finas, cristal puro, amplios espacios, cortinajes de palacio encantado… El cuarto de baño era enorme, y la bañera era en realidad una pequeña piscina oval con dispositivo de hidromasaje, de color rosa. Había plantas por todas partes, que debían de recibir la luz del sol a raudales por los amplios ventanales. El dormitorio era fastuoso. La serie de habitaciones disponía, además, de dos salitas, una azul, la otra rosada, y de un pequeño salón de belleza-gimnasio, anexo al cual había una salita con dos grandes televisores con varios asientos tapizados en lamé. Y por supuesto, un despachito privadísimo que parecía sacado de un cuento de *Las Mil Y Una Noches*. Y, claro está, la sala grande o de recepción, la primera a la que se accedía en el conjunto de la serie presidencial. Nadie dijo una sola palabra después del «mi madre» de Simón. Los tres salieron, cruzaron el pasillo, y Araujo llamó a la puerta de enfrente, abriéndola acto seguido y entrando rápido adelantándose a Baby.

—La espía norteamericana, señor presidente —dijo.

El presidente Reinaldo Lugones tuvo al detalle de ponerse en pie, mientras que su lindísima esposa permanecía sentada en el lujosísimo sofá de recibo, contemplando con más que evidente curiosidad a «la espía norteamericana». Reinaldo Lugones, alto, fuerte, macizo, con su cara de granuja adiposo y simpático ampliada en gran sonrisa, se acercó a Perlanegra tendiendo cordialmente la mano.

—¿Cómo está? —saludó de modo jovial—. No teníamos pensado

recibir a nadie en el piso alto esta noche, pero sus exigencias nos han convencido.

—¿Exigencias? —se sorprendió Perlanegra—. Señor presidente, lo que yo pretendía era que no le viesen a usted ni siquiera los criados reuniéndose con una bailarina negra en un despacho. No tendría sentido. En cambio, aquí supongo que es seguro que nadie nos verá ni oirá.

—Ah —pareció muy satisfecho Lugones—… ¡Ah, ah, ah, eso no es lo mismo, ciertamente!

—Tal vez sea una deformación profesional, pero lo cierto es que no me fío absolutamente de nadie.

—Considerando que es usted la persona que se propone sacarnos de aquí, su desconfianza me parece magnífica. Además, por experiencia sé que es mejor no confiar nunca en nadie.

—El general Sansalvador no es tan desconfiado, según parece. Sí he entendido bien, usted tiene junto a él a una persona de su confianza…, de la confianza de usted, quiero decir.

—En efecto —rió Lugones—… Cada cual juega con las cartas que puede lograr, ¿no está de acuerdo? Aunque no va a servirme de nada, pues sé que mi causa está perdida… Bueno, me sirve para estar informado, pero para nada más: no creo que Sansalvador tarde más de una semana en quitarse la careta y saltar como sea en busca del poder.

—Y antes de que eso ocurra, usted pone pies en polvorosa.

—Señorita Perlanegra —dijo Águeda Martínez, arrellanada en el sofá con actitud de reina—: mi esposo no pone los pies en polvorosa. Si nos vamos clandestinamente es para evitar que la revuelta armada se produzca, a fin de evitar muertes innecesarias en nuestra amada patria. Sabemos que ese criminal de Sansalvador ha convencido a las fuerzas armadas y que últimamente está negociando con el poder financiero del país. Sabemos que está ofreciendo tales prebendas y privilegios que el capital nacional se va a poner de su lado para enriquecerse todavía más. Sabemos que van a arruinar completamente a San Américo y van a sumir en la miseria absoluta al pueblo sanamericano…, y como no podemos hacer nada por evitarlo, nos vamos calladamente, en lugar de pedir ayuda militar a Estados Unidos. No queremos sangre, y eso es todo… ¿Lo comprende usted, señorita Perlanegra?

—No se puede abandonar un país en manos criminales —susurró la negra.

—Entonces… ¿le pedimos ayuda militar a Washington y nos lanza a una masacre del pueblo sanamericano?

—No… Eso no.

—Pues ya que según nos han informado es usted tan listísima, a ver qué solución encuentra a esta situación. Y por favor, que no sea la muy genial idea de eliminar a Santos Sansalvador, porque entonces sí que se armaba en San Américo la guerra del siglo… No sé cómo se las ha arreglado ese hombre, pero en San Américo le quieren hasta las piedras.

—Bueno, tal vez no sea tan malvado como parece.

—¿No tiene chistes mejores que ése?

—Está bien, la cosa no es precisamente fácil, pero ya veremos si más adelante encontramos un arreglo. Ahora urge sacarlos a ustedes de aquí, y vamos a dedicarnos exclusivamente a eso. Ah, señor presidente, le pregunto ¿quién es el hombre que le informa a usted acerca de los planes del general Sansalvador?

—Es un militar de alta graduación que forma parte del Estado Mayor Revolucionario.

—Ya sé eso. ¿Cómo se llama?

Reinaldo Lugones parpadeó, y luego se quedó mirando fijamente a la espía, sin un solo parpadeo más, como si estuviera petrificado. Sus ojillos de perverso simpático parecían piedras negras. Perlanegra frunció el ceño.

—¿No quiera usted decírmelo?

—Prefiero no hacerlo. Lo siento. Y no es por desconfianza hacia usted: es que no hay secreto mejor guardado que el que nunca se dice… a nadie absolutamente.

—De acuerdo. Ya hablaremos de eso en otra ocasión. Ahora: ¿están listos para salir de aquí en cualquier momento?

—¿Cómo vamos a salir? —intervino de nuevo la bella Águeda.

—En el autocar.

Reinaldo Lugones, su esposa, y el muy atractivo y estirado Esteban Araujo se quedaron mirando a Perlanegra como si no hubieran entendido. Por fin, Reinaldo jadeó:

—¿Está bromeando…? ¡Lo primero que harán los soldados cuando el autocar salga de aquí será registrarlo de arriba abajo!

—No, no lo harán. Todo lo más echarán un vistazo desde el exterior, por las ventanillas. Pero no se lo tomarán muy en serio, pues saben que quien viaje en el autocar no podrá escapar.

—¿Qué quiere decir?

—Que cuando el autocar salga de aquí será secuestrado por las tropas y llevado a un lugar seguro para permanecer bajo vigilancia. Así que no se molestarán en mirar con mucha atención quién viaja en el autocar.

Esteban Araujo y Águeda Martínez cambiaron una mirada que era todo un poema. Luego, ambos miraron a Reinaldo Lugones. Finalmente, los tres quedaron mirando como alucinados a Perlanegra.

—Le advierto que no entendemos nada —murmuró Lugones.

—Podían haber impedido que el autocar entrase en la residencia presidencial, pero de ninguna manera les convenía: si hay una fiesta significa que habrá invitados, y si hay invitados es que se han cursado invitaciones, y si han cursado invitaciones es que ustedes disponen de una conexión secreta con el exterior, y entonces es posible que hayan… preparado alguna reacción contra el cerco a que los están sometiendo. Si han preparado algo, el general Sansalvador quiere saberlo…, así que deja entrar el autocar y a los invitados. Pero luego, cuando se marchen unos, sus automóviles serán examinados con discreción para asegurarse da que cada matrícula lleva las mismas personas con las que llegó. En cuanto al autocar, será secuestrado, precisamente porque mientras los invitados serán todos gente que saben callar, los cómicos del autocar podrían esparcir a los cuatro vientos que en la residencia del presidente está ocurriendo algo raro. ¿Comprenden?

—Dios mío —casi gimió Águeda.

—Claro que, una vez hecho esto, y tanto si el general Sansalvador encuentra cosas sospechosas o no en los invitados o en los cómicos, lo cierto es que el golpe de Estado ya no podrá demorarse. Es decir, que antes de transcurridas veinticuatro horas del término de nuestra fiesta, el general Sansalvador asaltará el poder.

—Pero… ¡¿cómo puede usted saber eso?! —exclamó Lugones.

—Dos y dos, cuatro.

—O sea —casi sollozó Águeda—, que si no nos vamos esta noche

mañana la revolución nos pillaría aquí dentro, acorralados…

—En efecto —sonrió Perlanegra—. Pero no se preocupen: yo los sacaré de aquí. La verdad es que no me caían muy bien, pero después de escuchar sus explicaciones, y de tener noticias sobre el general Sansalvador, estoy por completo a disposición de ustedes.

—¡Pero si todo está como usted dice no vamos a poder escapar! Si secuestran el autocar, y nosotros vamos dentro…

—Todo esta previsto. Se trata de que ustedes estén preparados en cualquier momento y que, por favor, no vayan a tener la ocurrencia de cargar con un gran equipaje. Una maleta pequeña por persona es lo máximo que podemos cargar, así que recojan sólo lo absolutamente imprescindible, déjenlo en una puerta de atrás, y Simón se encargará de ir trasladándolo todo al autocar mientras los demás nos divertimos en la fiesta. ¿De acuerdo, Simón?

—Como si me pide usted la luna —sonrió el regordete—… ¿Quiere que le traiga la luna?

—Pues sí, la verdad es que me gustaría tenerla —rió Perlanegra.

Capítulo IV

La Luna se veía enorme, de un insólito blanco rosado que parecía iluminar todo el jardín de la residencia presidencial. Frente al edificio, en la gran explanada, había no menos de cincuenta coches, todos ellos de fabricación norteamericana, a cuál más despampanante y lujoso. A medida que los invitados iban llegando los recibían el presidente y su esposa, bajo la resplandeciente luz que impartían las grandes y lujosas arañas del amplísimo vestíbulo. Entre éste y la gran columnata de la casa, el secretario Esteban Araujo iba y venía atento a todo, sin perderse detalle, como si de su presencia y supervisión fuese a depender no una simple fiesta, sino el futuro de San Américo.

En un lado del jardín, cerca de la piscina pero dejando sitio para el gran ambigú, la orquesta que había llegado en el autocar había iniciado su trabajo con melodías populares románticas. Detrás del autocar, estacionado discretamente entre la arboleda del jardín, el resto de cómicos se preparaban para sus actuaciones. El ambiente era espléndido.

—¿Usted lo entiende? —masculló Simón, junto a Perlanegra—. Yo llevo aquí más tiempo del que quisiera recordar, y jamás lo he entendido. Esta gente que acude a las fiestas están pisoteando al pueblo, explotándolo como a bestias, y mírelos: vienen aquí con sus cochazos de lujo a divertirse como si el país fuese suyo y todo fuese a las mil maravillas.

—Vamos, no sea exagerado —sonrió Perlanegra—. A fin de cuentas, alguien tiene que dirigir al pueblo.

—Dirigirlo sí, pero no explotarlo y humillarlo.

—Es usted chocante, Simón: ¿acaso no trabaja para la CIA?

—Sí… Sí, claro.

—Entonces, querido —le miró serenamente la negra—, todo está bien, deje de complicarse la vida.

—¿Usted cree que todo está bien? —La miró a su vez fijamente el rechoncho y veterano espía.

—Si no estuviese de acuerdo con el presidente Lugones no le estaría ayudando.

—Eso es precisamente lo que menos comprendo.

—No tiene que comprender, sólo seguir mis instrucciones. ¿Cuánto suele durar una fiesta de éstas?

—No sería de buen tono marcharse de aquí más tarde de las dos de la madrugada.

—De acuerdo. En cualquier caso, cuando se estén marchando los últimos invitados esté usted preparado, junto con las otras tres personas seleccionadas. ¿Les advirtió que jamás podrán volver a San Américo…, a menos que el general Sansalvador les perdone su colaboración en la fuga de Lugones?

—Sí. Pero ellos no han aceptado por ayudar a Lugones, sino para evitar derramamiento de sangre en su patria. En realidad, si pudieran le cortarían los huevos a Lugones.

—¡Que le digan eso al general Sansalvador! —rió Perlanegra—. Quizá le haga gracia y le perdone.

Simón masculló algo y se alejó, dejando sonriente a la espléndida negra, que se acercó más al lugar donde se había instalado la orquesta. Una preciosa mulata cantaba males de amores subida al improvisado escenario. Los invitados, al parecer, habían terminado de llegar, y Esteban Araujo, en el jardín, contemplaba con hipnótica fijeza a Perlanegra, que le hizo un gracioso mohín, y, dejando la zona de fiesta se dirigió hacia el amplio cobertizo donde se guardaban los coches oficiales y privados del presidente de San Américo.

Sombra entre las luces, Perlanegra llegó al enorme garaje, a cuyo interior accedió. Araujo había cumplido: no había nadie allí dentro, ni había luz alguna. Sirviéndose de una diminuta linterna Perlanegra localizó el vehículo elegido, un moderno Ford de color crema, bien visible, que ya estaba encarado haría la salida del garaje.

La espía se tendió en el asiento de atrás, cerró los ojos, y, con la lejana música como fondo, se durmió en cuestión de segundos. Despertó a la una y media de la madrugada, se sentó, y su fino oído captó la música que seguía sonando. Pasó al asiento del volante,

comprobó que las llaves estaban en el encendido, y se aseguró de que el automóvil estaba en perfectas condiciones. Luego, procedió a fumarse tranquilamente un cigarrillo. Finalizado éste, encendió el motor y condujo el coche hasta la salida del garaje. Apenas tres minutos más tarde apareció Simón, acompañado de otro hombre y de dos mujeres. Los cuatro vestían ahora con ropas elegantes, e incluso las mujeres que antes habían llegado en el autocar como formando parte del grupo de cómicos lucían joyas que, por supuesto, debían de ser de bisutería.

Simón se sentó junto a Perlanegra, mascullando:

—Ya se están marchando los invitados.

Perlanegra asintió, sonriente. Se recogió el cabello, y se puso una gorra blanca. En el asiento de atrás se habían acomodado las otras tres personas, a las que la espía se volvió a mirar.

—Recuerden en todo momento que suceda lo que suceda todo está bajo mi control, y que por tanto, no deben preocuparse. Y sobre todo, nada de armas: me he propuesto hacer todo esto sin disparar un solo tiro, y no quisiera enfadarme con nadie por que me fastidiara los proyectos.

—Usted no nos gusta —dijo el hombre—. Su amigo tampoco nos gusta. La CIA no nos gusta. Pero hemos aceptado y él lo sabía —señaló a Simón—, porque anteponemos nuestro amor a la patria a cualquier otra cosa.

Perlanegra no contestó. Pareció olvidarse de sus pasajeros, y sacó el coche del garaje, rodando silenciosamente hacia el sendero general. Por éste, circuló hacia la salida, oyendo a su derecha el rumor de la fiesta que iba en declive. Hacia el fondo veían algunos coches abandonando el recinto enverjado.

Apenas detuvo el coche la negra, Araujo apareció de entre los arbustos, muy abiertos los ojos, y se acercó a la ventanilla.

—¿Ya? —inquirió con voz tensa.

—Ya.

—No saldrá bien —jadeó Araujo—… ¡No saldrá bien! Ustedes dos se van, nos dejan solos… ¡No podremos hacerlo!

—Señor Araujo, le he explicado a usted perfectamente lo que tienen que hacer los cuatro, y si lo hacen todo saldrá bien. Y no es tan difícil: sólo tienen que ponerse ropa de calle, subir al autocar sin que ninguno de los invitados se dé cuenta, y esperar. Prescindan

de la cortesía: si el señor presidente no está para decir adiós a sus últimos invitados éstos tendrán que aceptarlo así. Pero una cosa es cierta: si cuando termine la fiesta ustedes cuatro no están en el autocar se quedaran en San Américo.

—¡Pero es que aunque salgamos con el autocar nos detendrán y nos secuestrarán, usted misma lo dijo…!

Perlanegra movió la cabeza, se desentendió de Araujo, y continuó circulando hacia la salida. Abandonaron la residencia presidencial sin problema alguno. En la avenida había policías y soldados, atentos a la circulación ahora que los invitados del presidente iban abandonando la fiesta… Uno de los suboficiales del Ejército se fijó en la matrícula del coche que conducía Perlanegra, y buscó el número en la lista que se le había facilitado. Soltó un taco, y buscó de nuevo el número…, que por supuesto no se hallaba en la lista. El suboficial palideció de pronto, y corrió hacia un joven oficial, al que informó del suceso. El joven oficial también palideció, soltó asimismo un taco, y corrió hacia uno de los vehículos de comunicaciones… En cuestión de segundos la descripción y la matrícula del coche era radiada de modo que llegaba a conocimiento de las fuerzas que, más alejadas de la residencia presidencial formaban, no obstante, un cordón insalvable para cualquier vehículo.

Dentro del Ford, Perlanegra preguntó:

—¿Voy bien por esta calle, Simón?

—Sí, sí, estamos en la ruta convenida.

Los dos vehículos militares aparecieron de pronto, y en un instante una docena de soldados habían saltado a tierra y, subfusiles en ristre, formaban barrera ante el Ford. Un suboficial se acercó a éste rápidamente. Estaba lívido cuando se inclinó a mirar por la ventanilla. Se quedó mirando con gesto atónito a Perlanegra. Luego, miró a Simón, y, cada vez con más sobresalto, a los tres ocupantes del asiento de atrás. Por fin, casi desorbitados los ojos, jadeó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Me parece que no le va a gustar cuando lo sepa, sargento —dijo Simón—… Del mismo modo que al señor presidente no le va a gustar que el Ejercito moleste a sus invitados.

El suboficial estaba realmente desconcertado. Retrocedió rápidamente, miró la matrícula del vehículo para asegurarse de

nuevo de que era la del que debía ser detenido a toda costa, y volvió junto a la ventanilla.

—Este coche no fue a la fiesta —dijo—… Salgan todos ustedes de ahí. ¡Vamos, salgan! ¡Fuera!

La primera en apearse fue Perlanegra. Luego, lo hizo Simón… Los soldados permanecían en posición de fuego, expectantes. Ni siquiera les hizo parpadear la aparición de otro vehículo militar, que fue a detenerse en seco muy cerca del Ford. Las luces de la ciudad iluminaron al atlético capitán Lope Carvajal cuando saltó a tierra desde la camioneta de Intendencia que había llegado conduciendo.

—¡Sargento! —aulló—. ¡Venga aquí!

El suboficial trotó hacia Carvajal, al que saludó entre desconcertado y asustado.

—¡Mi capitán, estas personas…!

—¿Cómo se le ha ocurrido hacerlas salir del coche? ¿Qué es lo que pretende usted, que todo el mundo se entere de lo que está ocurriendo?

—Pe-pero mi capitán, no… no hay circulación civil a esta hora…

—¡Cállese! Y ustedes —se volvió hacia Perlanegra y los otros cuatro—, suban inmediatamente a la camioneta. Naturalmente, están detenidos, y espero que no causen más complicaciones. Sargento, saque ese coche de la calle, y desaparezcan. Aquí no está ocurriendo nada, ¿comprende?

—Sí… Sí, señor. Bueno, mi capitán, entiendo que se hace usted cargo de estas personas…

—Y con más discreción que usted. ¡Vuelvan a sus puestos!

—Sí, mi capitán.

Carvajal se acercó a la parte de atrás de la camioneta, a la que estaban subiendo los cinco «detenidos». Cerró tras ellos la doble puerta, puso el cierre, y regresó ante el volante. La camioneta de la Intendencia desapareció muy pronto de la zona acordonada militarmente, sin que, por supuesto, nadie le diera el alto. ¿A quién se le había de ocurrir desconfiar de un capitán que conducía un vehículo de la Intendencia?

* * *

El vehículo militar se detuvo. Lope Carvajal se apeó, abrió las puertas de atrás, y retrocedió. Perlanegra y los demás descendieron. La negra tendió un macuto a Lope Carvajal.

—Ya sabe dónde tienen que abordar el pesquero que les llevará a su destino. Instálense allí y simplemente esperen a tener noticias mías. No hagan nada. Simplemente, pásenlo bien. Dentro hay dinero para que lo pasen del mejor modo posible.

—Oiga —sonrió Carvajal—: esto lo he hecho bien, ¿no es cierto?

—Pues sí —tuvo que admitir Perlanegra—. Y créame, todavía no he salido de mi asombro. Buena suerte. Vamos, Simón.

La negra y el rechoncho espía desaparecieron en la oscuridad por entre el arbolado. A los pocos segundos encontraban el coche, a cuyo volante se sentó Simón. Cuando regresaron con él a la silenciosa y solitaria carretera, Lope Carvajal y las otras tres personas continuaban allí. Perlanegra miró su reloj de pulsera. Luego, del maletín que había recogido del asiento del coche sacó la radio, y pulsó la llamada.

—¿Sí? —inquirió en el acto una voz de hombre.

—Simón y Baby en automóvil número 3. Todo bien. ¿Ha salido ya el autocar de la residencia presidencial?

—Ha salido, lo están siguiendo dos vehículos militares, y tengo la impresión de que muy pronto, en cuanto salgan de la ciudad, lo van a detener.

—Vaya diciéndome la ruta y ténganlo todo listo para la ultima fase.

—Todo está listo hace tiempo. ¿Tiene un mapa a mano?

—A mano, no. Lo tengo en mi cabeza. Usted dígame la ruta y no se preocupe, Simón, que pronto me verá llegar.

—Bien, pero… ¿la esperamos o no la esperamos para actuar?

—Si es posible, espérenme. Pero si ven que el autocar va a ser controlado y yo no he aparecido, pasen a la acción.

—*Okay*, entendido. Veamos: si no me equivoco van a salir de la ciudad por la ruta del mar, tal y como se instruyó al conductor del autocar. Por el momento todo lo indica así. Entonces, usted se dirige hacia la salida de la ciudad en dirección al mar…

* * *

Cuando Perlanegra y Simón llegaron al lugar que finalmente convinieron con Simón II por medio de la radio, todavía no había aparecido el autocar.

—No puede tardar —dijo Simón II—… A menos que lo hayan detenido antes de salir de los límites de la ciudad, conforme a lo que calculamos nosotros.

—No lo han detenido. Lo que ocurre es que en estos momentos ya saben que un capitán de Intendencia ha traicionado el sistema, y están buscando el furgón en el que se llevó a cuatro personas más un chófer.

—O sea, que están convencidos de que el presidente y los demás ha escapado con la ayuda de ese capitán de Intendencia. Pero entonces…, ¿por qué no aparece el autocar?

—Porque seguramente lo están deteniendo en diversos controles, y lo van dejando pasar a medida que van recibiendo instrucciones en ese sentido. Por eso se está retrasando. Pero llegará.

—Quizás ahora, convencidos de que Lugones ha escapado por otro procedimiento, ni siquiera secuestren el autocar —sugirió Simón.

—Ya lo creo que lo secuestrarán, sólo que siguiendo el plan inicial, esto es, fuera de la ciudad.

—¿Para qué pueden querer el autocar si ya saben o creen que el presidente está escapando por otro sitio? Además, aquel sargento vio perfectamente que las personas que él detuvo dentro del Ford no eran el presidente y su esposa…

—Ya lo habrá dicho —sonrió Perlanegra—, pero… ¿qué cree usted que habrán pensado los inteligentes del alto mando?

—¿Que sí son Lugones, su esposa y los otros dos, pero disfrazados?

Simón II lanzó una exclamación, mientras Perlanegra palmeaba cariñosamente un hombro de Simón I.

—Me alegra comprobar que su inteligencia no se ha atrofiado en esta confortable y bella vida tropical, Simón. En efecto, eso pensarán. Por lo tanto, buscarán como locos esa camioneta conducida por un traidor capitán de Intendencia. Pero, por supuesto, sin desdeñar el autocar, pues sin duda están convencidos de que forma parte del plan, de modo que por si el presidente «disfrazado» consiguiera escapar, querrán a los del autocar, para

interrogarlos y enterarse de muchas cosas. Es decir, el autocar es secundario, pero siguen interesados por él.

—Caray —masculló Simón II—... ¡Caray, usted sí que piensa!

—Piensa mucho —asintió Simón—, pero podría equivocarse.

—Como todo el mundo —sonrió Perlanegra.

Pero ella no se equivocó. Solamente dos minutos más tarde el autocar pasaba por la carretera a menos de veinte metros del lugar donde ellos se hallaban escondidos con los coches. Tan sólo a unos doscientos metros de distancia pasaron dos furgones de traslado de tropas, en pos del autocar, perdiéndose como éste en dirección a la costa.

—Vaya a su coche con los demás —murmuró Perlanegra—, y salgamos tras ellos dentro de dos minutos.

El espía asintió, y salió a la carretera. Perlanegra vio su silueta de mediana estatura y delgada corriendo hacia el otro lado del asfalto, y desapareciendo. Cuando se cumplían los dos minutos apareció el automóvil, y Perlanegra distinguió la silueta del chófer y de tres hombres más dentro del vehículo.

—Ahora nosotros —dijo.

De nuevo se puso Simón al volante del coche, y partieron en pos del que conducía Simón II, llevando con él a tres agentes más de la CIA, desplazados expresamente y con material especial a San Américo sólo para aquella misión de apoyo a Baby, tras la cual desaparecerían como humo del territorio sanamericano. Ni siquiera llevaban circulando tres minutos cuando sonó la radio de Perlanegra, que atendió la llamada en el acto.

—¿Sí?

—Ya han detenido el autocar. Vemos las luces de los tres vehículos delante de nosotros.

—Deténganse a unos treinta metros de todo el grupo y espérenme.

—*Okay*.

En cuestión de segundos alcanzaron el coche de Simón II, detenido, en efecto, muy cerca del grupo formado por el autocar y los dos vehículos militares, uno de los cuales había adelantado al autocar y le había cortado el paso. Había soldados por todas partes, incluso dentro del autocar. Unos cuantos se acercaban rápidamente a los dos coches recién llegados, dispuestos a someterlos al control

militar…

Por un instante, a través del cristal de la ventanilla del fondo, Perlanegra pudo distinguir el rostro de Esteban Araujo, desencajado, lívido, desorbitados los ojos.

La espía soltó una carcajada, recurrió de nuevo a la radio, y ordenó:

—Disparen.

Los cuatro agentes de la CIA del otro coche se apearon, ya con las máscaras antigás colocadas y preparados los fusiles especiales que lanzaban ampollas de gas narcótico de efectos fulminantes. Perlanegra y Simón, dentro de su automóvil, el número 3 de toda la operación, simplemente se colocaron ante boca y nariz algo que parecía una simple compresa, pero que era una protección antigás para uso de la agente Baby, proporcionada por el siempre genial Mc Gee, del Departamento de Armas Especiales de la CIA. Frente a los dos vehículos de ésta, las ampollas de gas comenzaron a estallar; algunas de ellas bien dirigidas, entraron dentro del autocar. Nadie tuvo tiempo de nada. En menos de tres segundos treinta soldados, cuatros suboficiales y todos los ocupantes del autocar habían pasado dulcemente al mundo de los sueños.

* * *

El presidente Reinaldo Lugones abrió los ojos, y durante unos segundos, simplemente, estuvo contemplando el hermoso resplandor del sol naciente dentro de aquella habitación… No, no era una habitación; era un camarote. Cuando se sentó en la litera, por un instante la cabeza le dio vueltas. Pero el malestar pasó enseguida, y supo que se encontraba perfectamente. Frente a él había otra litera, en la cual todavía dormía Águeda… Vestida de modo corriente, sin joyas ni afeites, estaba bellísima. Parecía un sueño de belleza, algo irreal.

Se oía el rumor del mar.

Lugones se puso en pie, y se acercó a mirar por la circular portilla de babor. El mar. Enorme, azul y blanco, levemente agitado. Rugiendo vigorosamente contra el casco de la embarcación, El sol era como un estallido de fuego, como la erupción de cien volcanes. El espectáculo era impresionante, y

Lugones lo estuvo contemplando quizás un par de minutos, mientras ordenaba sus pensamientos, sus últimos recuerdos. Lo último que recordaba era que cuando lo consideraba todo perdido y pensaba que aquella espía norteamericana había hecho las cosas del peor modo posible, se había dormido.

Dormido.

Regresó a la litera, y se quedó mirando a su esposa, que a los pocos minutos despertó. Y todavía estaban cambiando comentarios sobre lo sucedido cuando sonó la llamada a la puerta. Lugones autorizó la entrada, y aparecieron Esteban Araujo y Carmela Sánchez, la doncella preferida de Águeda. Y todavía estaban los cuatro tratando de definir la situación de un modo exacto cuando se abrió la puerta y apareció la hermosa vikinga rubia, y de grandiosos ojos azules.

—Buenos días —sonrió encantadoramente—… ¿Todo está bien por aquí?

—¡Es usted! —exclamó Araujo, reconociendo la voz.

—Pues sí, soy yo —rió la espía norteamericana—, pero ahora con otro aspecto. He venido a despedirme.

Los cuatro personajes estaban aturdidos. La rubia no se parecía en nada a la negra, salvo quizás en algo especial en su porte, en su modo de mirar y de mover el cuello…, y en aquella poco corriente sensación que se percibía de ella, como una insólita fuerza, como una energía suave pero incontenible. Alta, esbelta, de cuerpo escultural, bellísima, encantadora con su atuendo deportivo…

—¿Cómo, a despedirse? —murmuró Lugones—. ¡Estamos en el mar!

—En efecto. Se hallan ustedes a bordo de un magnífico yate que un querido amigo ha aceptado poner a mi disposición para este asunto. A su debido tiempo, llegarán a la costa sur de Estados Unidos, donde los estarán esperando para llevarlos a un lugar absolutamente seguro, donde permanecerán a la espera de acontecimientos. Ni que decir tiene que en todo momento estarán magníficamente atendidos en todos los aspectos, y que la CIA tendrá mucho gusto en satisfacer hasta el menor de sus caprichos… Les encantará el lugar que se les ha preparado.

—Estamos seguros de que así será —murmuró Reinaldo Lugones —…, pero no dejará de ser un exilio.

—Ah, eso sí —sonrió deliciosamente Baby, mientras comenzaba a oírse el rumor de un helicóptero acercándose—…, pero un exilio dorado, señor presidente.

—Siempre será un exilio.

—Este asunto todavía no ha terminado —aseguró la bellísima espía—… Pero ustedes no se preocupen por nada. Descansen, disfruten de la vida, gocen de todo lo gozable. Siempre es mejor eso que estar muerto, ¿no les parece? Zambomba, yo diría que hay una buena diferencia entre una tumba y un exilio dorado, ¿no están de acuerdo? Bien, adiós —Baby señaló hacia arriba—; ahí tengo mi helicóptero especial con un par de Simones esperándome. Les deseo la mejor suerte del mundo.

Baby abandonó el camarote. Poco después, los cuatro personajes oían el rumor del helicóptero alejándose. Dejaron de oírlo, finalmente. Hubo un cambio de miradas.

—¡Qué mujer tan extraordinaria! —exclamó Carmela Sánchez.

Águeda Martínez de Lugones parpadeó lentamente y susurró:

—Me gustaría saber a qué llama ella un *exilio dorado*…

Capítulo V

Era una finca enorme, un lugar de autentico ensueño.

Se hallaba situada al pie de los Montes de San Bernardino, cerca del pequeño Salton Lake, cuya peculiaridad era hallarse situado a setenta y cinco metros bajo el nivel del mar, situado éste mucho más allá, al otro lado de los Montes Santa Rosa. La ubicación de la finca abarcaba una amplia faja de terreno entre las pequeñas localidades de Tortuga y Salton, y, aunque había una zona dedicada al cultivo lo cierto era que la parte destinada a vivienda era sencillamente paradisíaca: un cielo de purísimo azul refulgente, un sol seco y ardiente, árboles exóticos, arbustos de flores diversas, todas ellas de colorido encantador… Mas allá de todo esto, como formando un cordón natural de protección, un bosque de sequoias absolutamente impresionante. La casa no resultaba tan aparatosa como la residencia presidencial de Ciudad América en San Américo, pero era más acogedora, señorial con estilo, simpática. Blanca y ocre, con toldos listados en negro y ocre, amplias terrazas, espaciosas galerías. Disponía de veinte habitaciones, dos despachos, sala de juegos, gimnasio, por supuesto una cocina equipada con material ultramoderno, un salón de recepciones y una salita privada y que la señora Lugones encontró deliciosa y se reservó para sí apenas verla.

Alrededor de la casa se distribuían tras pistas de tenis, un campo de golf, dos piscinas, un establo con hermosos caballos, un garaje increíble con seis automóviles siempre a punto, el más modesto de los cuales era un Cadillac blanco, y dos helicópteros. Ni que decir tiene que todo esto se hallaba bajo el cuidado y mantenimiento de personal adecuado, tanto en la casa, desde la cocina a cualquiera de los veinte cuartos de baño, como en las pistas de tenis, caballerizas y garaje. La hierba del campo de golf era como un cuadro idealizado, los jardines eran la perfección y la armonía total…

En los lugares estratégicos y adecuados, agentes muy especiales de la CIA, seleccionados expresamente para aquel cometido, custodiaban el lugar desde el primero al último rincón. Para llegar hasta el presidente de San Américo en el exilio había que ser invisible o ser Superman…, posibilidades ambas que, por supuesto, podían desecharse. En un silencio hecho de sol, belleza y lujo como en pocos lugares de la Tierra podía existir, la vida de Reinaldo Lugones y su reducidísimo séquito sólo podía semejarse a la que cabría imaginarse en el paraíso.

Al mando de todo cuanto significaba control y seguridad, atento a todos los deseos de los invitados, el rechoncho y veterano Simón, cuyo concepto de la vida y del modo de vivirla comenzó a cambiar al poco de instalarse allí. En sólo cuarenta y ocho horas él mismo comenzó a sentirse como un rey. Lo tenía todo, podía ordenar cualquier cosa, disponer lo que quisiera, pedir lo que se le antojase para él o los invitados de la CIA: desde un piano, a sardinas del mar Egeo, desde una hormiga a un elefante, desde un globo a un submarino si hacía falta… Las órdenes de la agente Baby habían sido claras y tajantes: la CIA tenía que considerar a los exiliados como invitados personales de Baby, y en todo el recinto habilitado para residencia de tales personajes solamente una persona tomaba las decisiones finales: el menudo, bigotudo y rechoncho espía que días atrás, en un pequeño punto del Caribe, había secundado eficazmente a la espía más peligrosa del mundo…

—Pero ella dijo que este asunto no había terminado —dijo aquella tarde Reinaldo Lugones—, y todos sabemos que sí ha terminado.

Señaló el televisor, en el cual durante los días anteriores habían ido apareciendo las noticias; conforme a la versión oficial dada por el Gabinete de Prensa de la residencia presidencial de San Américo: el hasta entonces presidente, Reinaldo Lugones Úbeda, había escapado del país, huyendo de la revolución militar que se estaba fraguando y que era inminente; el general Santos Sansalvador se había hecho cargo de la presidencia eventualmente al tiempo que anunciaba su decisión de presentar oficialmente su candidatura en las cercanas elecciones; San Américo estaba en calma, en paz; nadie parecía acordarse de que alguna vez habían tenido un presidente llamado Reinaldo Lugones Úbeda que, simplemente, había escapado

cuando sus servicios informativos privados le advirtieron que su vida podía correr peligro, o, cuando menos, su libertad.

Para todo el mundo era un misterio el paradero de Reinaldo Lugones, Pero, al parecer, era un misterio que a nadie le interesaba resolver. Así pues, según todas las apariencias, el asunto había terminado. Y no muy favorablemente para Reinaldo Lugones, eso estaba claro.

—No esté tan seguro —replicó Simón—… Los designios de Baby son inescrutables.

—Querrá usted decir —exclamó Carmela Sánchez— los designios de Dios.

—Sí —tuvo que admitir Simón—, los de Dios, también, claro.

Carmela Sánchez no pudo evitar soltar una carcajada, tras lo cual se sofocó y se apresuró a abandonar el salón donde se había sostenido la conversación. Pero a partir de aquel momento comenzó a mirar de otro modo al regordete veterano del espionaje, el cual, a la tarde siguiente la encontró arreglando el saloncito privado de Águeda y, sin más miramientos, le dio un amable pellizco en una cadera.

—¡Oiga! —exclamó Carmela—. ¡Qué se ha creído usted!

—Que te caigo bien, que tú me gustas, y que te invito a cenar esta noche donde tú quieras.

—¿Qué es lo que pretende usted?

—Todo —sonrió Simón.

Carmela Sánchez no pudo evitar la carcajada tampoco esta vez. Fue el principio de una relajación en la situación, que bien pronto alcanzó a los invitados de la CIA. Transcurridos ocho días desde su llegada las cosas comenzaron a parecer naturales, la tensión decreció. Para entonces, y en discretos momentos de las estrelladas y perfumadas noches de aquella especie de paraíso, el veterano Simón había gozado ya de los favores de Carmela Sánchez en la habitación de ésta.

Así es la vida.

—Y hasta te diré una cosa —manifestó Simón aquella noche, desnudo y más que satisfecho sexualmente en la cama de Carmela —: ¡ya no quiero ir a París!

—¿Querías ir a París? —Abrió mucho los ojos Carmela.

—Quería, pero ya no. Carmela, ¿echamos otro?

—¡No seas fanfarrón! —rió ella—. ¡Ya no puedes con tu alma!

—Con mi alma, no, pero con lo demás sí. ¡Adiós, París!

Al noveno día llegó a la finca la señorita Lili Connors, en un helicóptero inmaculadamente blanco, que aterrizó sobre el césped a menos de cincuenta metros de la casa, junto a la piscina grande. Simón la estaba esperando con un ramo de flores, que le obsequió con ceremonioso gesto que hizo reír a la rubia espía de ojos azules.

—Caramba —dijo entornando maliciosamente los párpados—, se diría que también usted está llevando una vida dorada en este lugar, Simón.

—¡De modo que ya lo sabe! —bufó él—. ¡Se lo han chivado!

—¿De qué está hablando?

—De acuerdo, me acuesto con Carmela, pero eso no tiene nada que ver con todo esto. ¿O sí?

—Claro que no —le miró sorprendida Baby—… A decir verdad me parece muy bien…, aunque me sorprende este amorío… ¿No era usted el que estaba harto de mujeres apasionadas y jamonas del Caribe? Pues yo diría que Carmela Sánchez es toda una jamona, y no precisamente una señorita rubia, delicada, delgada, frágil y sofisticada. Lo qué no sé es qué tal anda de pasión.

—¡Uf! ¡Es un volcán!

—¡Pues me alegro por usted! Pero, Simón —se detuvo a mirarlo atentamente Baby—, espero que no olvide *de verdad* que usted está trabajando, en este lugar.

—No… —masculló el veterano—… nunca lo olvido.

—Entonces todo está bien.

Los Lugones y el muy inquieto Araujo recibieron a la visitante en el gran salón, donde dos de los criados de la casa, sin que nadie pareciera haber dado orden alguna en ese sentido sirvieren champán Dom Perignon muy frío, con guindas en un pequeño recipiente de puro cristal.

—¿Y cómo les va? —se interesó Baby—. ¿Todo está a su gusto?

—Usted dijo que el asunto no había terminado —la miró fijamente Reinaldo Lugones—, y sí ha terminado.

—La culpa es de usted, señor Lugones.

—¿Mía? ¡Cómo, mía…!

—Yo no puedo hacer nada en una situación como la que actualmente atraviesa San Américo. Y la CIA tampoco. Resultaría…

demasiado aparatoso y muy impopular. Nos pondríamos demasiado en evidencia. En cambio, quizá se pudiera intentar algo si yo supiera de alguien de su confianza que pudiera… apoyar alguna acción clandestina y llevada a cabo con exquisito cuidado.

—Lo que usted quiere es que le diga el nombre de la persona que tengo tan cerca del general Sansalvador, en su propio Estado Mayor Revolucionario.

—Yo no quiero nada —sonrió la rubia—: *usted* quiere que yo haga algo. Pero yo no puedo, en las actuales circunstancias. ¿No quiere decirme el nombre de esa persona?

—No.

—En tal caso quizá deberíamos dar por resuelto definitivamente este asunto. Como usted comprenderá la CIA, y todavía menos los Estados Unidos, no podemos hacernos cargo de usted eternamente. Una cosa sería sostener esta situación a la espera de una posibilidad de reintegrarlo a usted en la presidencia de San Américo, y otra cosa es tenerlo como invitado toda la vida. Así pues, hoy mismo daré las órdenes para que todo esto termine.

—¿Qué quiere decir? —saltó Águeda.

—Señora —la miró Baby amablemente—, les supongo a ustedes más que suficientemente ricos para mantenerse por sí mismos. No pretenderá usted hacerme creer que durante el mandato de su esposo no han… ahorrado lo suficiente para el resto de sus días.

—Tenemos algo de dinero en Brasil —gruñó Reinaldo.

—¿Algo? ¿Cuánto es algo, para usted?

—Una miseria. Lo justo para vivir, es verdad, pero no como ahora, no como… nos hemos acostumbrado a vivir.

—Señor Lugones —se mostró un tanto fría ahora la espía—: tengo una larga experiencia en estas cosas, y esa experiencia me dice que usted, como tantos otros… personajes parecidos, ha debido de asegurarse una muy buena fortuna fuera de su propio país, de modo que viva de ella. La CIA no se arruinaría por mantenerlos aquí, pero… ¿qué objeto tiene? Ustedes mismos acabarían por aburrirse, se pondrían nerviosos, llegarían a tomarnos ojeriza a Simón, a mí, a toda la CIA, y hasta al mismísimo presidente de Estados Unidos. Es todo absurdo.

—Tengo que volver —dijo Reinaldo, en cuya frente había aparecido una fina capa de sudor—… ¡Tengo que volver a San

Américo!

—¿Como presidente? —se sorprendió Lili Connors.

—No… ¡Pero tengo que volver!

—Tal vez exista alguna posibilidad de que el general Sansalvador autorice su regreso dentro de algún tiempo.

—No… ¡Tengo que volver pero sin que él esté en la presidencia!

—¿Por qué?

—En realidad… ya tendría que haber otra persona en la presidencia… ¡Ya tendría que ser otro hombre el que ocupase provisionalmente la presidencia!

—¿Qué quiere decir?

—No le haga usted caso —intervino Águeda—… Reinaldo está muy nervioso, y no sabe lo que dice en estos momentos.

—Ustedes no han entendido bien una cosa —la miró fijamente Baby—: yo estoy de parte de ustedes. Por conveniencias de Washington y por mi propia simpatía personal estoy de su parte…, pero no podré hacer nada si no tengo un buen punto de partida. Esto está claro, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. ¿Cuál es ese hombre que debería estar en la presidencia provisional de San Américo en lugar del general Sansalvador? ¿Es el mismo que le mantiene a usted… o le mantenía informado de lo que ocurría en el Estado Mayor Revolucionarlo, señor Lugones?

Éste no contestó. Lili Connors estuvo mirándole fijamente unos segundos, miró luego a Águeda, después a Esteban Araujo… Por último miró a Simón, que se había mantenido en silencio y muy atento a la conversación.

—Bueno —sonrió de pronto simpáticamente la espía—, ya que estoy aquí me quedaré un par de días. ¡No todo va a ser trabajar, y éste es un lugar encantador!

—Pero usted no está exiliada —dijo Simón.

—No. Yo estoy en mi casa. Pero yo no he sido presidente de un país.

—Pero fue reina —dijo Simón.

Inmediatamente se dio cuenta de que acababa de cometer un error. Un error que podía costar la identificación auténtica de la agente Baby, pues solamente una mujer en toda la historia de los Estados Unidos había sido reina en cierta ocasión, aunque no de los

Estados Unidos[1].

—¿Quién fue reina? —Se pasmó Águeda—. ¿Usted?

—No haga caso —sonrió Lili Connors—… Son tonterías de Simón.

—Estoy segura de que no. ¿Cuándo fue usted reina…? ¿Reina de qué…, reina de dónde…?

La rubia señorita Connors suspiró simpáticamente, y dijo:

—Bueno, ¿qué más da que lo sepa? A fin de cuentas estoy entre amigos, y la verdad, no me viene de gusto pasarme dos días en un lugar como éste, con piscinas…, tenis, golf, equitación y todo el sol del mundo para tomar…, y llevar puesta siempre esta odiosa peluca y algunos rellenos. ¡Si ya no va a poder fiarse una ni siquiera de los amigos…!

Para pasmo de los invitados de la CIA la señorita Connors se quitó la peluca, y pequeños postizos que habían estado deformando ligeramente su rostro introducidos en las fosas nasales y en la boca.

El primero en salir del pasmo fue Esteban Araujo.

—Pero… ¡Santo Dios! ¡Usted es Brigitte Montfort!

* * *

No podía dejar de mirarla.

En el silencio de la quieta mañana el canto de algunos pájaros ponía una indiscutible y deliciosa nota paradisíaca. Muy cerca de él, tendidos uno junto a otro sobre grandes toallas y conversando en susurros, estaban Águeda y Esteban, a pleno sol. Águeda llevaba *maillot* completo, es decir, que no tomaba el sol como la señorita Montfort, que sólo llevaba un diminuto tanga…

Pero no era por esto que Reinaldo Lugones no podía dejar de mirarla. No era sólo porque pudiera recrear la vista en sus bellísimos pechos y en todo su cuerpo que parecía talmente de oro. Era por algo más, mucho más importante e intenso: era por la personalidad de Brigitte Montfort, la mejor periodista de Estados Unidos y del mundo que había resultado ser la agente Baby.

Había en Brigitte Montfort algo que parecía simplemente mágico, como perteneciente a otro mundo al que hasta entonces Reinaldo Lugones jamás había tenido acceso. Había alcanzado el poder y la riqueza hacía tiempo, y a partir de ese momento se había

procurado lo mejor y había creído tener todo lo que valía la pena en el mundo…, incluida una joven y bella esposa que le complacía en todo…, y muchas otras jovencitas que sin que la joven y bella esposa lo sospechara él había pasado por su lecho del pabellón secreto. Niñas de cuerpo tierno que le llevaban con frecuencia sus esbirros para que él las desflorara y gozara y luego las devolviera con una «propina» a sus casas…

Al acceder al poder, había accedido a todo. O así se lo había parecido hasta entonces. Pero ahora, de un modo vago que le causaba desasosiego, se estaba dando cuenta de que una mujer no es un cuerpo nada más, que unos ojos no sólo sirven para mirar, que unos labios pueden expresar tanta armonía y belleza de la vida que resultaba increíble, y que una voz puede ser mucho más que un sonido y unas palabras mecanizadas. En apenas veinte horas que llevaba allí Brigitte Montfort, Reinaldo Lugones tenía la impresión de que ante él se había ido abriendo un mundo nuevo…

Como se abrieron en aquel momento los ojos de Brigitte, y se posaron en él. Reinaldo no pudo reaccionar. Se quedó mirando fascinado los azules ojos entornados apenas bajo un sol de fuego. Ella sonrió, se puso en pie, y fue a sentarse ante él, bajo la sombra que proporcionaba el parasol de la mesa redonda y blanca. Incluso caminando era ella diferente. Cubierta apenas con el diminuto tanga que no podía contener todo el vello sexual, como encantado su cuerpo de oro, Brigitte Montfort era una imagen de auténtico paraíso que Reinaldo Lugones jamás había visto anteriormente.

—Hace un día espléndido —dijo Brigitte—… Si llego a quedarme más tiempo al sol seguro que me aso como una salchicha.

—No creo que exista la menor relación entre una salchicha y usted. Ella rió, y se quedó mirándolo como expectante. Reinaldo pensó que debía de ser cierto que en la Tierra existía una estirpe de dioses y diosas, y que Brigitte Montfort pertenecía a ella.

—Pues sí que existe una relación —dijo entre risas Brigitte—… ¡Me comería ahora mismo un bocadillo de salchichas!

—Eso es imposible: una mujer como usted no come bocadillos.

—¿No? —Abrió mucho los ojos Brigitte—. ¿Qué come, entonces?

—Canapés.

Brigitte se echó a reír, sin apartar su mirada de los fascinados

ojos de Reinaldo Lugones, que veía en todo el cuerpo de la espía como una palpitación nueva, diferente a la de otros cuerpos de mujer. No pudo evitar una mirada a los bellos pechos, y luego de nuevo a la boca.

—Usted no es normal —murmuró el sanamericano.

—¿Me está llamando loca? —exclamó Brigitte.

—Sabe muy bien a qué me refiero —Reinaldo hizo un leve gesto de cabeza hacia donde su esposa y Araujo tomaban el sol, ambos en bañador—… ¿Qué cree usted que están hablando esos dos?

Brigitte los miró, y volvió a mirar al ex presidente, al parecer un tanto desconcertada.

—Esos dos —dijo muy despacio— son su esposa y su hombre de confianza, señor Lugones, pero tal como lo ha dicho usted parece que sean… poco menos que basura.

—Tal vez sean basura.

—¿Por qué dice eso?

—Ella y él siempre se están mirando. Y los dos son demasiado guapos.

—Bueno —rió de nuevo Brigitte—, eso es algo que ninguno de los dos puede evitar. Por otra parte, tanto a su amigo como a su esposa fue usted quien los eligió. ¿Acaso no confía en ellos?

—Me gustaría saber qué se están diciendo tan misteriosamente.

—Vamos, no sea fantástico. No hablan «misteriosamente», sino con buenos modales. Las personas con buenos modales no hablan a gritos. Además, ninguno de los dos me parece tonto…, y lo serían los dos si se pusieran delante de las narices de usted a decirse cosas… inapropiadas.

—A veces lo que menos se ve es lo que más cerca se tiene… Quizás ellos hayan pensado eso, y por tanto se cuentan sus cosas delante de mis narices, como usted dice. En cualquier caso, me gustaría saber qué se están diciendo el uno al otro.

—Pregúnteles a ellos. ¿Sabe?: me da la impresión de que usted está buscando algún pretexto para enfadarse con su esposa.

—También podría ser eso —sonrió expresivamente Reinaldo, mirando de nuevo directamente los pechos de Brigitte, y concretando su mirada en uno de los pezones.

Brigitte frunció el ceño, se puso en pie, y corrió a zambullirse en la piscina.

Capítulo VI

Al día siguiente por la tarde, tras ducharse, Brigitte salió del cuarto de baño…, y quedó como clavada al suelo al ver a Reinaldo Lugones sentado en el borde de la cama de su dormitorio. La espía, que iba secándose el cabello mientras caminaba, bajó lentamente la toalla hasta ocultar con ella el sexo.

—Es un gesto infantil —sonrió Reinaldo.

—En cambio el de usted es de adulto, ciertamente —replicó ella —. Pero de adulto digamos poco… maduro. Y carente de modales, por supuesto. Su comportamiento no es digno de un presidente.

—Ex presidente —corrigió Reinaldo, sin dejar de sonreír—… Me pregunto si no le gustaría que los dos cenásemos aquí, a solas, unos bocadillos de salchichas.

—¿Qué es lo que pretende usted, Reinaldo?

—Adivínelo.

—No tengo que adivinar nada. He subido a ducharme y vestirme para la cena, y luego, conforme a mis planes, me marcharé en helicóptero. Ya llevo aquí más de cuarenta y ocho horas.

—Que para mí serán inolvidables.

—¡Oh, vamos…!

—Usted no ha podido dejar de darse cuenta de que me he enamorado.

—Me parece que a su esposa no le gustaría mucho oír esa broma.

—No es ninguna broma. En cuanto a mi esposa, ya me las he arreglado para que esta noche, después de cenar, salga a distraerse un rato con Esteban…, de modo que usted y yo podríamos quedarnos solos.

—Reinaldo, ¿está loco? —exclamó Brigitte—. ¡Cómo se le ha podido ocurrir semejante cosa!

—Tampoco es tan malo quedarse a colas conmigo.

—¡No estoy hablando de eso! ¡Me refiero a lo de su esposa y Araujo! ¿Adónde van a ir a distraerse un rato? ¿Y cómo irán y con quién?

—No se preocupe por eso. Ya he advertido a Wallach…, bueno, a su amigo Simón, el gordito, y me ha dicho que no hay problema, que les pondrá como protección a unos muchachos muy espabilados y discretos de la CIA. Por otra parte, ayer creí entender que usted ya nos… sugería que comenzáramos a acostumbrarnos a una vida normal. ¿Le parece que no es normal que dos amigos salgan a divertirse?

—Bueno, visto así…

—¿De qué otro modo? Ellos llevan muchos días prisioneros en este lugar, como yo mismo. Y por confortable que sea el lugar, por bueno y seguro y agradable que sea todo, es imposible que dejemos de sentirnos como acorralados, así que usted tiene razón: hay que empezar a pensar en una vida normal, sin vigilancia, sin sistema de alarma, sin temores de ninguna clase… El exilio es más exilio cuando se vive de esa manera. Y por muy dorado que sea, el exilio es siempre el exilio.

—Supongo que en eso tiene razón. Se puede vivir mejor en una simple cabaña en la playa que en un palacio custodiado día y noche. Pero tengo la impresión de que usted siempre ha preferido el palacio. Ahora mismo, está viviendo mejor que muchos reyes, señor Lugones.

—Pero me falta una reina.

Brigitte ladeó la cabeza, y se quedó mirando al enorme y adiposo sanamericano, que se acercó lentamente a ella, la quitó la toalla, y la tiró a un lado. Luego, muy despacio, abrazó a Brigitte por la cintura, la atrajo, y la besó en la boca.

Ella lo apartó suavemente.

—Sabes lo que he venido a buscar —susurró él—…, y vas a dármelo. Me lo vas a dar ahora, y me lo volverás a dar luego, cuando Águeda y Esteban se vayan por ahí a divertirse. Quiero hacer el amor contigo, Brigitte.

—Permiso denegado —dijo ella irónicamente.

—¡No puedes negármelo!

—¿No? ¿Por qué? Mi cuerpo no entra en las comodidades y placeres de tu exilio, querido. Y mucho menos mis sentimientos.

¿Te has detenido a preguntarte si yo deseo hacer el amor contigo? Claro que no. Pretendes tratarme como si fuese un objeto a tu disposición. Tú no quieres hacer el amor *conmigo*: tú quieres *poseerme*. Y me parece que no vas a conseguirlo.

—¡No sería el primero!

—Tal vez no —dijo Brigitte, empujándole sin violencia—, pero no hay ningún motivo por el que a ti no pueda negarte mi cuerpo. Si se lo entregara a todo el que lo deseara estaría más ajada que una momia, y más depreciada que el dólar. ¿Con quién crees que estás tratando? ¿Con una prostituta o una fulana cualquiera que se somete al capricho de personajes importantes? Y si es porque te sientes importante, te diré que personajes más importantes que tú me han deseado… y se han quedado con las ganas de tenerme. De modo que, salvo que quieras recibir una buena lección de una espía peligrosa, quítame las manos de encima ahora mismo y sal de esta habitación.

Reinaldo Lugones, que había escuchado como petrificado la larga parrafada, terminó por retirar sus manos del cuerpo de la espía, lentamente, y retrocedió un paso.

—Y por otro lado —sonrió simpáticamente Brigitte, reanudando su secado de cabello con la toalla—, no es posible que te falte una reina, ya que tú no eres rey. En cambio, yo sí fui reina.

—Yo puedo hacer que vuelvas a serlo.

—¿De veras? ¿Cómo?

—Si consigues que yo pueda volver a San Américo no te arrepentirás.

—Reinaldo, ya te dije que si no puedo contar con la ayuda de…

—Álvaro Pedrones —susurró Reinaldo—… Coronel Álvaro Pedrones. Ve a verlo y dile que estoy aquí esperando. Cuando vuelvas con su respuesta yo te diré lo necesario para que comprendas que cuando te hablo de convertirte en reina no estoy diciendo ninguna tontería.

—¿Y por qué no me lo dices hora? —sugirió Brigitte, dejando caer la toalla y abrazándose al cuello del ex presidente.

—Porque ahora —jadeó él, apretando con avidez las tersas carnes de la espía— tenemos otra cosa mucho más agradable que hacer que charlar…

Su boca grande y lasciva se apoderó de los labios de Brigitte.

* * *

El hombre detuvo la bicicleta, y apoyó un pie en el suelo. Desde el borde de la carretera veía perfectamente el *bungalow*, sito a pocos metros de la playa. Junto al *bungalow* había un automóvil pequeño; no se veía ningún otro vehículo. El camino era de tierra, y a los lados había arbustos de flores, que se multiplicaban en el pequeño jardín del *bungalow*. Al fondo, el color del mar parecía rojo, debido a la puesta de sol. En menos de tres minutos sería completamente de noche.

El hombre reanudó la marcha con la bicicleta, pedaleando con pausa, como parecía corresponder a su avanzada edad, delatada por la blanca y larga barba. Un sombrero de paja cubría sus abundantes greñas, también blancas…

Cinco minutos más tarde; cuando ya había anochecido con la rapidez tropical, el hombre regresaba con su bicicleta, y enfilaba el camino hacia el *bungalow*…, frente al cual se detenía pocos segundos después. La puerta del *bungalow* se abrió, y apareció la muchacha rubia de cuerpo escultural, que preguntó:

—¿Ha venido solo?

—Naturalmente.

—Pase.

El anciano barbudo desmontó, dejó la bicicleta apoyada en el tronco de una palmera, y entró en el *bungalow*. La muchacha rubia cerró la puerta, y fue tras él. El barbudo se volvió a mirarla cuando llegó al centro de la pieza central del *bungalow*.

—Supongo que usted también está sola.

—Claro. Y hágame un favor, coronel: quítese todos esos pelos. Como comprenderá, conozco su verdadero aspecto además de saber quién es usted.

—No me he disfrazado por usted, sino por si me veía alguien —dijo Álvaro Pedrones, quitándose el sombrero y con él la peluca y acto seguido la barba—… Como usted bien dice, soy muy conocido en San Américo, mi rostro aparece casi diariamente en la prensa y en la televisión.

—Es natural. Por favor, siéntese. ¿Quiere tomar algo? ¿Un poco de champán?

—¿Champán? ¿Tiene usted champán en este lugar?

—Estoy muy acostumbrada a viajar, y tuve que aprender el modo de conseguir lo que me gusta esté donde esté, o siempre me estaría privando de muchas cosas. Lo cual no me hace gracia.

—Lo comprendo. Usted también lleva peluca, ¿verdad?

La rubia sonrió, y se quitó la peluca. Luego, desapareció por unos segundos, para regresar con una bandeja en la que había una botella de champán y dos copas que, evidentemente, habían estado en el congelador, pues se veían empañadas por el frío. Depositó la bandeja sobre la mesita, sirvió champán en las dos copas, y tendió una al coronel Álvaro Pedrones. Éste bebió, hizo un gesto de satisfacción, y sonrió a Brigitte Montfort, que también sonrió y se sentó frente a él.

La mirada de viejo buitre de Álvaro Pedrones fue hacia las piernas de la espía, y luego al escote de su graciosa blusa. Hacía mucho calor, y la señorita Montfort, ciertamente, no se complicaba la vida: mostraba la suficiente extensión de su carne para que incluso Pedrones comenzara a ponerse nervioso.

—Es usted muy hermosa —susurró.

—Coronel Pedrones, yo he venido a San Américo de parte de Reinaldo para hablar de cosas más serias que mi hermosura. Como usted comprenderá, él me ha explicado lo relativo a su acuerdo, y ahora quiere saber por qué usted no está cumpliendo su parte.

—Me es imposible cumplirla —movió la cabeza Pedrones—… Dígaselo así a Reinaldo cuando vuelva a verlo. Dígale que no puedo hacerlo, y que tendrá que resignarse a vivir el resto de su vida en el exilio…, aunque no creo que lo esté pasando tan mal, ¿verdad?

—Si se refiere usted a comodidades materiales le aseguro que Reinaldo no puede encontrar a faltar absolutamente nada. Pero él quiere regresar, y usted se comprometió a ayudarle en eso.

—Lo sé. Pero me resulta imposible. El general Sansalvador ha resultado ser mucho más listo y precavido de lo que calculamos Reinaldo y yo… No es nada fácil asesinarlo del modo… adecuado para encauzar las cosas como sería de desear.

—De modo que se trata de asesinar al general Santos Sansalvador.

—¿No se lo había dicho Reinaldo? —Alzó las cejas Pedrones.

—No.

—Es extraño, puesto que la ha enviado a hablar conmigo. Y tal

vez yo no he debido mencionar esa parte del asunto…, pero en fin, ya está dicho.

—Sí, ya está dicho.

—Si no he entendido mal, usted es de la CIA, y sin duda formó parte del grupo que sacó a Reinaldo de San Américo.

—Así es.

—Bueno, entonces poco importa que sepa que el plan consistía en asesinar a Sansalvador. A fin de cuentas eso es algo que la CIA vería con buenos ojos, ¿no es cierto? Santos Sansalvador no les va a dar facilidades de ninguna clase a los Estados Unidos, sino más bien seguirá su línea de oposición a ustedes y sus proyectos de permanencia en el Caribe. Así que si lo matamos estarían contentos, ¿no es cierto?

—Pero ustedes no planearon matar al general Sansalvador para poner contenta a la CIA, o a los señores de la Casa Blanca, ¿verdad?

—Claro que no. Pero sea como sea, no puedo hacerlo. Y lo siento más que Reinaldo, pues mientras él tiene un buen dinero en Brasil yo no tengo nada en parte alguna. Me habría enriquecido con esta operación, y habría sido presidente, de modo que imagínese usted si tengo interés en que Sansalvador desaparezca, pero… es imposible. El plan no puede realizarse.

—¿Y cuál es el plan?

—Si Reinaldo no ha querido decírselo creo que yo tampoco debo hacerlo.

—Me parece que usted no me ha entendido, coronel: yo no he venido aquí solamente a pedirle explicaciones de parte de Reinaldo Lugones, sino a estudiar la posibilidad de que él pueda volver. Ahora sé que para que eso sea posible el general Sansalvador debe morir, pero usted dice que no puede cumplir los planes que trazaron en ese sentido. De acuerdo. ¿No podría usted admitir la idea de que quizá yo sí podría eliminar al general Sansalvador, beneficiándole a usted, a Reinaldo… y a la CIA?

—¿Usted? —murmuró Pedrones, no poco incrédulo.

—Yo fui quien planeó, preparó y dirigió personalmente toda la operación gracias a la cual Reinaldo pudo escapar de San Américo.

Álvaro Pedrones parpadeó lentamente, como esforzándose en asimilar aquella información.

—¿Y cree que podría planear… y ejecutar el asesinato de Santos

Sansalvador? —susurró.

—Puedo estudiar el asunto siempre y cuando disponga de todos los conocimientos necesarios. Vamos a ver: ¿tiene que morir Sansalvador para que Reinaldo pueda volver a ocupar la presidencia?

—No, no, eso ya es imposible, pues Reinaldo estaba demasiado… quemado. El pueblo ya no lo quiere, de ninguna manera. Él fue demasiado codicioso y prepotente, y el pueblo jamás volverá a aceptarlo. Quien tenía que ocupar la presidencia después de la muerte de Sansalvador soy yo… Ya veo que se sorprende.

—La verdad es que sí. ¿Cómo lo planearon todo?

—Era inevitable que Reinaldo abandonara la residencia presidencial en las próximas elecciones, así que Sansalvador no habría hecho nada de no ser por el tesoro…

—¿Qué tesoro? —exclamó Brigitte.

—Un fabuloso tesoro que Reinaldo ha ido reuniendo durante sus años de mandato. Se podría decir que todas las cosas de valor, desde joyas exquisitas, algunas incluso de interés nacional y por supuesto propiedad del Estado, hasta el dinero que enviaban desde Estados Unidos, todo está en poder de Reinaldo… Ustedes enviaban con frecuencia algunos millones de dólares para el pueblo de San Américo, intentando ganarse la simpatía de la masa, pero lo que hacía Reinaldo era repartir unos centavos y el resto esconderlo. De este modo, en todos estos años ha reunido una auténtica fortuna en billetes estadounidenses, y, sobre todo, el tesoro nacional, que ha ido… desapareciendo de arcas, museos y criptas y pasando a poder de él, en lugar desconocido. Tan sólo asignándole su valor intrínseco como oro y piedras preciosas ese tesoro es fabuloso.

—¿Y usted no sabe dónde está?

—Sólo lo sabe Reinaldo.

—Eso no es posible.

—Sí es posible, porque después de que lo hizo llevar a ese escondrijo secreto asesinó a los hombres que le habían ayudado.

—Coronel Pedrones: ¿no está tratando usted de desprestigiar a Reinaldo?

—Claro que no. Él se ha desprestigiado solo. Por eso planeamos que yo me pusiera de parte de Sansalvador, e incluso que me convirtiera en su lugarteniente, en el segundo hombre del nuevo

régimen. Puesto que era inevitable que Reinaldo tuviera que dejar la presidencia y hasta posiblemente se viera obligado a escapar, planeamos el asesinato de Sansalvador, pero simulando un accidente. Muerto Sansalvador, yo pasaría a ser el presidente, y por tanto estaría en condiciones de ayudarlo a rescatar el tesoro, o, mejor todavía, autorizar su regreso a la patria, de modo que él podría tranquilamente hacer lo necesario para el traslado del tesoro a un lugar donde a ambos nos rindiese altísimos beneficios… Pero Santos Sansalvador se olió lo del tesoro, o mejor dicho, está claro que algo sabía al respecto, de modo que antes de que Reinaldo tuviera tiempo de escapar y llevárselo, puso cerco militar a la residencia presidencial; cerco que pensaba sostener todo el tiempo que fuese necesario, a la espera de las elecciones.

—¿Por qué tanto esperar? Sólo tenía que ocupar la residencia presidencial y obligar a Reinaldo a decirlo todo.

—Eso habría significado una guerra civil, pues siempre, incluso los personajes como Reinaldo, tienen otros personajes a su favor, que medran con ellos y con su… estilo de gobierno y de poder.

—Sí, ya sé eso. Entonces… ¿entiendo que todo lo que el general Sansalvador ha estado haciendo, y que tan absurdo parecía, ha sido con el objeto de evitar una guerra civil en San Américo?

—Desde luego. Él la habría ganado fácilmente, pero las víctimas habrían sido muchas; y la destrucción en todo el país habría sido horrorosa; éste es un país pequeño, que con cuatro bombas puede quedar convertido en una ruina: escuelas, hospitales, museos, comunicaciones, bloques enteros de viviendas… Antes, cuando las guerras revolucionarías de San Américo se hacían a sablazo limpio la cosa no llegaba a ser demasiado grave; ahora, si se empiezan a soltar bombas modernas San Américo quedaría convertida en un montón de basuras… y de muertos.

Los azules ojos de Brigitte Montfort permanecían fijos en los de Álvaro Pedrones, como imantados.

—Supongamos —susurró— que yo lograse asesinar al general Sansalvador… ¿Cuáles serían las consecuencias, cómo quedaría todo?

—Yo pasaría a ocupar la presidencia, Reinaldo podría volver, y encargarse de la recuperación del tesoro para llevarlo por fin a un lugar seguro y no sujeto a las… vicisitudes de la patria, y los dos

seríamos inmensamente ricos. Oh, y usted también, por supuesto. Eso aparte, usted prestaría un gran servicio a Estados Unidos, pues si me ayuda conseguir eso tenga por seguro que la mencionaré cuando firme con Washington acuerdos que serán muy beneficiosos… para todos.

—Menos para el general Sansalvador y para el pueblo sanamericano que él tanto ama.

—Bueno —sonrió Álvaro Pedrones—, usted ya sabe: el pueblo es sólo el pueblo, y si existe es porque las personas como nosotros necesitamos mulas que hagan el trabajo pesado. Además, el pueblo está acostumbrado a vivir de cualquier manera, y no hay que darle opción a que aprenda que la vida puede ser maravillosa. ¿No está de acuerdo conmigo?

Brigitte sacó de entre sus bellos senos la pistolita de cachas de madreperla, apuntó a la frente del coronel Pedrones, y cuando éste todavía estaba paralizado por la sorpresa y el desconcierto, apretó el gatillo.

Plof, chascó la pistolita.

Capítulo VII

—¿Cómo que ha muerto? —susurró Reinaldo.

—Lo siento.

—¡Lo sientes! —Reinaldo Lugones se puso en pie de un salto—. ¡Te envío a solucionar este importantísimo asunto, ayudada por la única persona que puede apoyarnos, y me traes la noticia de que ha muerto! ¡Y dices que lo sientes!

—¿Qué otra cosa puedo decir? —Frunció el ceño Brigitte.

El ex presidente de San Américo estuvo unos segundos mirándola fijamente. Luego, se acercó a la salida de la terraza, desde donde podía ver la piscina grande. Junto a ésta, tomando juntos el sol, Esteban Araujo y la bella Águeda… Cualquiera se acostumbra fácilmente a la buena vida. Incluso Araujo, que siempre había sido un hombre dinámico, creativo.

Ahora, el joven y atractivo Esteban Araujo se pasaba el día tomando el sol, o jugando al tenis, o nadando, dormitando siestas en soledad, o leyendo… Es decir, sin hacer nada; posiblemente, era el que más agradecía aquel exilio dorado, que quizá le parecía una existencia paradisíaca…, aunque sin una Eva con la que hacer el amor, claro está. ¿O hacía el amor Esteban Araujo?

Apretados los labios, Reinaldo se volvió hada donde se hallaba sentada Brigitte, y respingó fuertemente al encontrársela a su lado y mirando también hacia la joven y bella pareja.

—¡Pareces una gata! —exclamó Reinaldo.

—Pero yo me conformo con un solo gato —sonrió Brigitte.

Reinaldo volvió a mirar hacia la piscina, de nuevo a Brigitte, y por fin frunció el ceño.

—No creo que lo hagan… No se atreverían a burlarse de mí ante mis propias narices y en un sitio así, donde fácilmente podrían ser descubiertos. En realidad, debería estarle agradecido a Esteban por distraer a mi mujer mientras yo cavilo sobre mi futuro. ¿Cómo fue

lo de Álvaro? ¿Quién lo mató?

—Para averiguar eso tendría que haberme quedado en San Américo más tiempo, Reinaldo.

—Me gustaría saber qué has estado haciendo exactamente allí nada menos que durante cuatro días.

—Las cosas no están tan fáciles para entrar o salir de San Américo… con pasaporte norteamericano. Y una vez en el país tampoco resulta fácil moverse con entera libertad. Precisamente, parte de culpa la tiene el asesinato del coronel Pedrones.

—Pero… ¿estás segura de que ha muerto?

—Desde luego.

—Ni la radio ni la televisión anuncian su muerte.

—Ya lo harán.

—¿Cómo te has enterado tú?

—La CIA todavía opera en San Américo, querido —le miró con simpática ironía Brigitte—… ¿O crees que porque se fuese Simón dejaron sin servicio esa área?

—Es de suponer que no —gruñó Reinaldo—. Está bien, ¿qué es lo que sabes al respecto?

—El coronel Pedrones fue hallado cadáver en el amanecer del día de ayer, tirado en una acequia. Vestía de paisano, y no había cerca de él ningún vehículo, ni militar ni civil, en el que pudiera haberse trasladado a ese lugar. Lo que significa, al parecer, que fue asesinado en otro sitio y luego llevado allí y arrojado a la acequia.

—¿Cómo lo mataron?

—De un balazo en el centro de la frente.

—¿Lo habían torturado?

—No. La opinión que circula entre las personas que están al corriente de lo ocurrido es que el coronel Pedrones fue ejecutado…, aunque nadie sabe por qué ni por quién.

—Es extraño que no se comente que es obra mía.

—Quizá lo hagan pronto —asintió Brigitte, tras encender un cigarrillo—… Como sea, cada vez parece más difícil que puedas volver a San Américo para recuperar tu tesoro, así que deberías hacerte a la idea de organizar tu vida sólo con el dinero que tienes en Brasil.

—¡Con ese dinero puedo vivir bien, pero no como quiero vivir! De ninguna manera podría vivir como ahora en este lugar sólo con

el dinero de Brasil… ¡Y así es como yo quiero vivir! Tú lo llamas exilio dorado, y eso es precisamente lo que quiero: que el resto de mi vida sea como un… largo, dorado y hermoso sueño que jamás termine.

—Todo termina en la vida —rió Brigitte—…, ¡incluso la vida misma!

—Sí, pero hay muchas maneras de vivirla.

—De acuerdo en eso. Bueno, yo tengo que marcharme…

—¿Marcharte? ¡Creí que habías venido a quedarte!

—¿Estás bromeando? —Se pasmó Brigitte—. Vamos, Reinaldo, sabes perfectamente que tengo un trabajo que atender. No sólo como periodista, como directora de la Sección Internacional del *Morning News*, sino como agente de la CIA. Te aseguro que no soy de los agentes a los que dejan inactivos largas temporadas.

—Me parece imposible que tú seas la agente Baby.

Brigitte volvió a reír, y apagó el cigarrillo en un cenicero.

—Espero que volveremos a vernos alguna vez, Reinaldo.

—No puedes hacerme esto —jadeó él, acercándose y abrazándola por la cintura—… ¡No puedes abandonarme! ¡Después de lo del otro día no he conseguido dormir ni descansar pensando en ti…! ¡No puedes dejarme ahora!

—Me están esperando en Washington.

Reinaldo Lugones intentó besar en la boca a Brigitte, pero ésta lo apartó con una suavidad firme que sorprendió al ex presidente.

—Has sido mía y volverás a serlo —susurró Lugones—… ¡Volverás a ser mía todas las veces que yo quiera! Le exigiré a la CIA que te ponga en mi cama a mi disposición… ¡Volveré a hacer el amor contigo todas cuantas veces quiera!

Brigitte se limitó a sonreír, y abandonó el salón. Afuera, en el vestíbulo, estaba Simón, que sin decir palabra la acompañó, abrió la puerta de la casa, y salió tras ella. Ambos pasaron relativamente cerca de la piscina en dirección al helicóptero. Brigitte saludó con un brazo en alto, y Águeda y Esteban contestaron alegremente.

—¿Cómo va lo de esa pareja? —murmuró la espía.

—Tengo que enseñarle el primer video que hemos conseguido de ellos siguiendo sus instrucciones.

En el helicóptero esperaba un agente especializado de la CIA, que ayudó a la espía a encaramarse. Segundos después el aparato

emprendía el vuelo. Sentado junto a Brigitte, Simón-San Américo dijo:

—La vida es una mierda.

—¿Por qué dice eso?

—Estaba convencido de que Carmela se acostaba conmigo no diría yo que por amor, pero sí cuando menos por simpatía, para pasarlo bien. ¡Bah!

—No se puede ser tan ingenuo —sonrió a medias Brigitte.

—No soy ingenuo, pero creí que alguna vez en la vida podría pasármelo bien. A este paso tengo que comprender que ni siquiera en París podría tener unas… relaciones satisfactorias. Lo de aspirar a tener una amiguita delgada, rubia y sofisticada que me diga *chéri* y me dé besitos cariñosos y suspire al hacer el amor en lugar de soltar berridos parece que no podrá pasar de eso, de una aspiración, de un sueño dorado.

—¿Qué diría usted que es peor: un exilio dorado o un sueño dorado?

—Un sueño dorado. Al menos, en el exilio no se pasa mal, pero los sueños…, sueños son, y nada más que sueños.

—Siempre le queda a usted el recurso de recurrir a un amor… de conveniencia, por llamarlo de alguna manera. Sin la menor duda podría conseguir vivir con una deliciosa francesita sofisticada, en un bonito apartamento de París, digamos a cambio de… financiar algunos de sus caprichos. Claro que eso no es lo mismo que el amor auténtico, pero hay jovencitas muy lindas y encantadoras que incluso podrían convencerlo a usted de que lo aman. Y algunas de ellas son tan inteligentes y cariñosas que acaban por enamorarse del hombre que las está manteniendo. Ése podría ser su caso, Simón, habida cuenta de que es un hombre… ¿cómo diría yo?… entrañablemente humano y simpático.

—Ya. Pero no tengo quinientos mil dólares. Y si no tengo quinientos mil dólares para conseguir una buena renta jamás podría *comprarme* la compañía de una linda jovencita en París…, ni en ninguna parte.

—¿No tiene usted medio miserable millón de dólares? —se sorprendió Brigitte—. ¡Yo creía que todos los espías se hacían millonarios!

El piloto del helicóptero soltó una carcajada, pero Simón-San

Américo masculló:

—Muy graciosa… ¡Muy graciosa!

El denso y hermoso bosque de sequoias había quedado atrás. Apareció una amplia faja de terreno paralela al lago en la que había un naranjal que se perdía de vista. El sol se reflejaba en las aguas del Salton Lake… Cerca de la orilla de éste había un pequeño chalé…, ante el cual aterrizó el joven y pecoso agente de la CIA encargado del helicóptero.

—Me quedaré aquí vigilando, no vaya a darnos alguien una sorpresa —dijo el piloto.

—No diga tonterías —rechazó Brigitte—… Venga adentro, a tomar una copa y a comer algo. ¿Qué tenemos, Simón?

—Bocadillos de salchichas.

—¡Oh, no!

Se echaron a reír los dos, y el piloto, aunque no sabía de qué reían, rió también, mientras caminaban los tres hacia la casa. Alrededor todo era sol y silencio. El lugar era encantador.

La casa también era encantadora. Pequeña, pero encantadora, muy confortable. Desde el ventanal de la salita se veía el lago, por encima del cual pasaba en aquel momento una bandada de aves.

—¿Qué aves son? —preguntó Brigitte.

—Ni idea —aseguró el piloto.

—Son patos —explicó Simón-San Américo—… Me dijeron su nombre el otro día, pero no lo recuerdo.

—¡Pues vaya espía, con una memoria tan mala!

Rieron los tres. Poco más tarde, comían bocadillos y bebían, cómo no, champán. Simón-San Américo preparó el televisor con la videocinta, y la hizo pasar. Mientras, efectivamente, Brigitte comía un bocadillo de salchichas, contemplaba sin inmutarse las escenas que aparecían en la pantalla: los bellos y jóvenes Águeda Martínez y Esteban Araujo haciendo el amor.

—Me parece que a Lugones no le gustaría ver esto —dijo Simón-Helicóptero.

—Lo que me sorprende es que no los haya descubierto —dijo Baby.

—Son cautos. No muy listos, ya que no han sabido ver el objetivo de la cámara de video, pero son cautos —murmuró Simón-San Américo—… Sólo lo han hecho cuando han estado seguros de

que Lugones no podía sorprenderlos.

—Me parece que la señora Lugones tampoco es demasiado sofisticada —dijo Brigitte.

—Cosas del Caribe, que enciende la sangre, supongo.

Rieron los tres, quedamente.

Águeda Martínez, en efecto, no era demasiado sofisticada haciendo el amor. Era un tornado. Sus jadeos, gritos y exclamaciones eran dignos de figurar en una antología del acto sexual. Las imágenes eran nítidas, el sonido perfecto. Y había algo que no podía dudarse: la relación entre Águeda y Esteban no era nueva, y no se limitaba al uso del sexo por simple placer, sino que contenía una honda pasión y enamoramiento que resultaba impresionante.

El acto terminó con besos y suspiros. Luego, Esteban Araujo se sentó de pronto en la cama, y jadeó, con expresión desorbitada, desencajadas las facciones:

—Lo odio tanto que quisiera matarlo con mis propias manos… ¡Lo odio que me muero, Águeda!

—Tranquilízate, mi amor —susurró ella, acariciándole la espalda —… Dentro de poco todo habrá terminado.

—Pero hasta entonces él seguirá usando tu cuerpo como… como si fuese un objeto o prenda de su propiedad. ¡Maldito sea!

—Todo terminará pronto, amor mío…

—Cada vez me resulta más insoportable la idea de que te acuestes con él.

—Debes controlarte. Me parece que incluso se está dando cuenta de que tu actitud está cambiando. Y aunque ya no sea presidente sigue siendo un hombre muy peligroso.

—¡Me gustaría matarlo con mis propias manos!

—Tranquilízate. Por el momento, y gracias a que Carmela nos entretiene a ese bobo de Wallach, al menos podemos seguir encontrándonos ocasionalmente en tu habitación mientras Reinaldo pasea…

—¿Se da cuenta? —exclamó Simón—. ¡El mundo está lleno de gente desagradecida! A pesar de que pueden fornicar gracias a que me dejo amar por Carmela me llaman bobo.

—Lo cual es una tremenda injusticia —aseguró Brigitte, riendo una vez más, y desviando su mirada hacia el rechoncho veterano—.

Bueno, dejemos este programa erótico y pasemos a otro: ¿cuantos hombres hay en la casa de Mesquite?

—Ocho, según el último informe que he recibido…, pero no me sorprendería que hubieran, llegado más. Tengo la impresión de que esa multiplicación estaba muy bien preparada.

—Explíquese mejor, si es posible.

Simón-San Américo se puso en pie, apagó el televisor, que proseguía emitiendo su programa erótico-amoroso…, y volvió a sentarse. Encendió un cigarro de sorprendentes proporciones, y se quedó mirando el humo con el ceño fruncido.

—No es que quiera dármelas de listo —masculló—, pero la verdad es que me sorprendía bastante mi facilidad para conquistar a Carmela. Entre eso, y las advertencias de usted, naturalmente estaba muy atento a todo, y dispuesto a dar las máximas facilidades. De modo que cuando ella insinuó que podíamos divertirnos por nuestra cuenta fuera de la finca, acepté. El primer día fuimos a Tortuga, y le seguí el juego como si fuese incluso más que tonto, pero ella debió de pensar que lo era de verdad y que ella era muy lista, y cayó en la trampa…

—Siempre les pasa lo mismo a los que se creen más listos que los demás.

—Sí. Bien, ella puso un telegrama en cuanto la dejé sola simulando que tenía que comunicarme con la finca por si había alguna novedad. Como consecuencia de ese telegrama, cuya copia le mostraré luego, llegaba a Mesquites, al hotel indicado, un sujeto de cuidado apenas treinta horas más tarde. Ese sujeto, evidentemente, se ha estado encargando de ir reuniendo a los demás, y, evidentemente, están preparando algo, pues después de pasar un par de días en el hotel el primer sujeto se ocupó en buscar y alquilar una casa aislada y bien comunicada. Y a esa casa es adonde van llegando tipos de cuidado, como si se dispusieran a pasar unas vacaciones.

—¿Son sanamericanos?

—No, qué va. Son norteamericanos.

—Lo cual tiene que hacernos comprender que todo esto estaba previsto. Es decir, que Carmela sabía que cuando Reinaldo Lugones fuese sacado de San Américo ella sería traída a los Estados Unidos. Por tanto, con anterioridad, ella había contratado a varios hombres

que ahora, a las órdenes del primero, se están reuniendo en esa casa de Mesquite, apenas a treinta kilómetros de aquí.

—Sí. Pero esto no puede ser obra de Carmela: tiene que ser cosa de Esteban Araujo y Águeda, claro. Mi opinión es que esos sujetos atacarán la finca donde está Lugones cuando tengan el personal y el equipo suficiente y necesario; cosas ambas que, por supuesto, también deben de estar previstas. O sea, que Araujo, convencido que Lugones sería traído a los Estados Unidos, se dio con anterioridad una vuelta por aquí, contrató hombres y adquirió equipo, y lo dejó todo en determinado lugar, a la espera del momento oportuno. Luego, Carmela pudo finalmente enviar un telegrama al jefe de esos sujetos, y ahora se están reuniendo con la intención de atacar la finca.

Brigitte asintió, inquiriendo:

—¿Tenemos fotografías de esos sujetos?

—Claro, y de la casa de Mesquite. Tenemos fotografías de todo.

—Menos de usted y Carmela haciende el amor.

—Ah, si quiere le dedico una.

Sonriendo, Brigitte tomó el portafolios que Simón-San Américo había recogido de sobre un mueble y le tendía. Sacó no menos de sesenta fotografías, que reflejaba bien claramente el trabajo de Simón y el resto de Simones a sus órdenes que a su vez cumplían, todos, órdenes de la agente Baby.

Había fotografías de Araujo, de Águeda, de Lugones, evidentemente tomadas con teleobjetivo; pero Brigitte tenía ya aburridos a estos personajes, de modo que los desdeñó y dedicó su atención a los sujetos que se habían instalado en la casa de las afueras de Mesquite, al sur de Tortuga.

Ciertamente, eran sujetos de cuidado, ella sabía distinguirlos muy bien, igual que Simón, por supuesto. Todos jóvenes, atléticos, con cara de no tener amigos ni para despedirse de la vida. Bastaba verlos para catalogarlos como aventureros, gente dura que por dinero era capaz de cualquier cosa.

—Desde luego, no son espías —murmuró Brigitte.

—Qué coño han de ser espías —gruñó Simón—: son ratones de cierto nivel, y nada más.

—¿Y usted cree que Araujo puede ser tan imprudente y necio de atacar una posición defendida por agentes bien entrenados de la

CIA con unos cuantos sujetos como éstos? Es absurdo.

—Bueno, para algo los querrán, ¿no?

—Eso es seguro, pero no para atacar la finca. Apenas pusieran los pies en nuestra zona serían eliminados, Eso lo sabe Araujo, pues conoce todo el sistema defensivo que hemos organizado. No, no los quiere para atacar la finca, Simón.

—Pues usted dirá para qué los quiere.

—Llame a ver si han llegado más.

—Tendré que ir al coche que hay detrás de la casa; la radio está instalada en él.

—Pues vaya.

Simón salió de la casa por la puerta de la cocina. Regresó apenas tres minutos más tarde, moviendo negativamente la cabeza.

—No han llegado más. Siguen siendo ocho.

—¿Qué hacen?

—Nada. Están en la casa, dan algunos paseos a pie, beben, juegan al póquer… Esperan.

—¿Todos son norteamericanos?

—Hay uno que debe de ser latino, pero desde luego es de aquí, de Estados Unidos. Son ratones, eso es todo. Podemos encargarnos de ellos sin ningún problema, e incluso sin ningún riesgo. ¿Quiere que los cacemos?

—Esperaremos cuarenta y ocho horas más, y si en ese tiempo no ocurre nada pasaremos a la acción, pues ya estoy aburrida de este asunto y de ir y venir de Nueva York. De modo que me voy a quedar aquí escribiendo un par de artículos editoriales, y usted volverá a la finca, en el helicóptero. El coche me lo quedo yo, pero antes de marcharse avise usted a los muchachos que cada hora me pondré a la escucha de la radio, por si tienen algo que informar. Cada hora en punto. Y cuando digo cada hora en punto quiere decir que será cada hora oficial de California en punto. ¿Está claro?

—Clarísimo. Este champán es estupendo.

—Podrá beber todo el que quiera cuando esté viviendo en París con una jovencita delgada, rubia, sofisticada, simpática, cariñosa y dulcemente apasionada.

—¿Existe alguien así? —Se pasmó Simón.

—Todo existe para quien sabe buscarlo.

—Ya. Usted me gusta porque además de hermosa, inteligente y

audaz parece que tiene fe en la vida. Toda un ave rara, querida.

Brigitte todavía reía cuando el helicóptero se elevaba alejándose de la encantadora casita donde habría de pasar cuarenta y ocho horas a la espera de que sucediera algo. Si no sucedía nada, ella pasaría a la acción, porque, realmente, aquel asunto empezaba a aburrirla, y estaba dispuesta a terminarlo cuanto antes.

Lo cual, ciertamente, no le gustaría nada a Reinaldo Lugones.

Capítulo VIII

—No me gusta nada lo que estás diciendo —dijo Reinaldo, mirando fijamente a Águeda.

—Lo comprendo, querido. Pero… ¿qué otra cosa podemos pensar? La CIA no es una institución de caridad, y si definitivamente comprende que tú no vas a poder volver a San Américo, ya no le interesas.

—Eso sería una cerdada demasiado grande —insistió Lugones, lívido.

—Vamos, no seas infantil… ¿Desde cuándo una cerdada es demasiado grande para la CIA o para gente como nosotros? Mira, si los planes hubieran continuado adelante, es decir, que el general Sansalvador hubiera fallecido «víctima de accidente» y el coronel Álvaro Pedrones hubiera ocupado su lugar en la presidencia, la CIA seguiría tratándote con guante blanco. Sabría que aunque tú ya no fueses presidente a efectos prácticos sería lo mismo, pues por mediación tuya controlarían a Pedrones, y por tanto todo seguiría igual y en breve Estados Unidos tendría un asentamiento en el Caribe. Pero Pedrones ha sido eliminado, y tú estás fuera de juego… ¿Para qué puede quererte la CIA a partir de ahora? Ocasionas gastos y molestias a cambio de nada. Nada en el presente y nada en el futuro… ¿Para qué te necesitan?

—Maldita sea —jadeó Lugones.

* * *

Águeda alzó las cajas, como divertida tras escuchar la explicación, y se volvió de nuevo cara al espejo del tocador del hermoso dormitorio que compartía con su marido. La bella sanamericana estaba desnuda completamente, suelta su espléndida cabellera, que

procedió a cepillar con suavidad. Había en su piel como una luz de sol, un brillo hermoso y sugestivo. Sus formas rotundas, mórbidas, se reflejaban en el espejo, de modo que Lugones la veía de espaldas directamente y de frente reflejada.

Parecía absorto en la plena desnudez exquisita de su esposa.

—Ven aquí —susurró.

Ella alzó vivamente la mirada, para contemplarlo por medio del espejo.

—No te comprendo —murmuró—: acabas de decirme que la muerte de Pedrones nos deja desconectados definitivamente del poder y del apoyo de los Estados Unidos… y te pones a pensar en esas cosas.

—Esas cosas, como tú dices, es hacer el amor con mi esposa… ¿Te parece mal?

Águeda Martínez parpadeó. Luego dejó el cepillo, se puso en pie, y se acercó a su marido, que terminaba de quitarse el pijama. Se abrazó a su cuello, besó sus gruesos labios, y apretó su bajo vientre contra la virilidad del ex presidente.

—Claro que no, amor mío —susurró—… No hay nada que me guste más en la vida que hacer esto contigo… Pero déjame antes decirte una última cosa: la CIA sí te quiere para algo.

—¿Para qué?

—En cuanto asimilen la muerte de Álvaro Pedrones, y comprendan que nunca más les servirás de nada, querrán sacar de ti lo último que pueden sacar: el tesoro que tienes escondido en San Américo. Cuando vayas a darte cuenta lo habrás perdido todo… Menos a mí, por supuesto. Pero… ¿no sería mejor que nos fuésemos de aquí engañando a la CIA antes de que ellos decidan… apretarte las clavijas para que les digas dónde está el tesoro de San Américo? Y en cuanto tuvieran el tesoro, amor mío, tú y yo pasaríamos a la categoría de parias de la vida.

—¡Mierda! —grito Lugones.

—Tranquilízate —le acarició ella dulcemente—… Vivamos ahora nuestro amor, sin pensar en otra cosa…, y por la mañana te explicaré lo que se me ha ocurrido para dejar a la CIA con un palmo de narices antes de que sean ellos los que nos avasallen a nosotros.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Mañana —suspiro apenas Águeda, empujando a Reinaldo

hacia el amplio lecho—… Ahora hazme tan feliz como tú sabes, y mañana… empezará para nosotros… una verdadera nueva vida… maravillosa…

* * *

—Pero… ¿cómo, al cine? —Gruñó Simón—. Señor Lugones, tienen en esta casa toda la distracción que puedan necesitar, incluido el cine; podemos proporcionarles todas las películas en video que quieran…

—Usted no lo entiende, ¿verdad? —exclamó Águeda, interviniendo—. No se trata de ir al cine, pero algo teníamos que decirle a usted… Se trata de salir de aquí, de ver gente diferente, de sentirnos libres…

—Señor Wallach —sonrió ceñudamente Esteban Araujo—, sólo se trata de que podamos salir a dar un paseo en coche, llegarnos a cualquier población a comprar un par de libros o unos discos, tomar una copa… Usted no se da cuenta de la tremenda presión psicológica que estamos sufriendo los cuatro. Además, no estaremos toda la vida así, ¿verdad? Pronto tendremos que vivir por nuestra cuenta, y usted lo sabe.

—Desde luego. Pero también sé que tengo unas órdenes con respecto a ustedes. No puedo dejarles marchar solos, es imposible.

—Escuche, sólo vamos a llegarnos a Salton, o a Tortuga. Estaremos de vuelta para la hora de la cena, eso es todo.

—Se me ocurre una cosa —sonrió Águeda—… ¿Por qué no viene usted con nosotros? En lugar de quedarse aquí con Carmela, vengan los dos también. ¡Oh, vamos, señor Wallach, esto es absurdo!

—No somos sus prisioneros, ¿sabe? —Gruñó Lugones—. Somos sus invitados.

Simón-San Américo titubeó visiblemente. Por fin, encogió los hombros.

—Qué demonios, tienen razón —farfulló—… Pero miren, hemos de hacer las cosas mínimamente bien. Podemos ir los cinco en un solo coche hasta Tortuga, por ejemplo, y allí cada cual que haga lo que guste hasta la hora de volver. Pero detrás de nosotros tienen que venir no menos de dos agentes en otro coche. ¡Y si no aceptan

esto no hay nada que hacer!

—¡De acuerdo! —exclamó Águeda—. ¡Por algo se empieza!

—Prepararé los dos cochos —sonrió Simón—. Saldremos dentro de media hora.

* * *

El bosque de sequoias había quedado atrás, y lo mismo todo el cinturón de agentes de la CIA que convertía la finca en lo más parecido a una fortaleza poco menos que inexpugnable. Delante iba el coche grande, que conducía Simón. Detrás, otro coche, ocupado por dos de los agentes de la CIA que formaban parte del equipo para aquella misión.

Al fondo, camino de su ocaso, el sol arrancaba destellos que parecían de fuego en las aguas del Salton Lake. Junto a Simón iba Carmela, que de cuando en cuando le miraba sonriente, como agradeciendo los apretones que le iba prodigando Simón en los macizos muslos. En el asiento de atrás iban Reinaldo, Águeda y Araujo.

De pronto, éste se inclinó hacia delante. Simón alzó la mirada hacia el retrovisor, pero la hoja del cuchillo se interpuso. El espía contempló atónito el acero que relucía ante sus ojos.

—Siga conduciendo con una mano —dijo Araujo—, y con la otra saque del bolsillo esa pequeña radio que le sirve para comunicarse con sus dos compañeros. Dígales que se detengan.

—Pero… ¿está usted loco? —exclamó Simón.

—Si no hace lo que le digo lo voy a degollar ahora mismo, Wallach.

Simón-San Américo tragó saliva, asintió, y sujetando el volante con la mano izquierda recurrió a la radio con la derecha. Obtuvo el contacto, dio la orden de que los dos agentes que les seguían en el otro coche se detuvieran y esperasen allí, y guardó lo radio. Araujo le ordenó que detuviera el coche, y estuvieron esperando no menos de tres minutos, para convencerse de que, en efecto, los dos agentes del otro coche habían obedecido la orden de Wallach. Convencidos de esto, Araujo ordenó a Simón que reanudara la marcha.

—¿Qué es lo que pretenden ustedes? —murmuró el espía.

—Pretendemos que ustedes no consigan lo que pretenden —dijo

Águeda—. Tal como están las cosas hemos decidido que nos irá mejor por nuestra cuenta que continuar en manos de ustedes.

—Están cometiendo un error, señora. La CIA les…

—Cállese —exigió Araujo—. Conduzca hacia donde yo le iré diciendo y manténgase callado, ¿de acuerdo?

Casi una hora más tarde Simón-San Américo detenía el coche frente a una casa de agradable aspecto y muy discreta ubicación. No se veía a nadie por parte alguna.

—Qué raro —murmuró Carmela—… Me dijeron que alquilarían un par de coches y que estarían esperando aquí.

—Pues no están —gruñó Araujo—. Y los coches tampoco… ¡Maldita sea, deben de estar haciendo el imbécil por ahí!

—No te pongas nervioso —dijo Águeda—. Vamos a esperarlos dentro de la casa. Y será mejor que escondas este coche.

—En la parte de atrás hay un cobertizo —dijo Carmela—. Y seguramente encontraremos algo para tapar el coche en su mayor parte.

—Conduzca hacia detrás de la casa —ordenó Araujo.

Simón obedeció. Era prácticamente de noche, pero quedaban todavía ese par de minutos últimos de luz irreal. Se apearon todos del coche cuando éste se halló en el cobertizo, y entre Simón, Carmela y Lugones lo taparon medianamente, con unos trozos de lona casi podrida.

La casa estaba cerrada. Araujo rompió los cristales de una ventana utilizando la pistola que le había arrebatado a Simón, y Carmela fue la que tras abrir el pestillo entró en la casa y abrió la puerta principal… En la sala se advertía claramente rastros de comidas y bebidas. Varios ceniceros estaban atiborrados de colillas.

—Tengo la impresión —murmuró Simón— de que ustedes están jugando sucio.

—Mátalo —dijo Águeda.

—Claro que no —rechazó Araujo—… No creo que después de esto la CIA pueda encontrarnos, pero por si acaso no quiero matar a ninguno de ellos.

—Pues yo no voy a privarme de un capricho —dijo Carmela.

Se acercó a Simón, y, de repente, le propinó un furioso puntapié entre las ingles. Simón lanzó un resoplido, y retrocedió, mientras Águeda reía la acción de su camarera, que quiso golpear de nuevo

con el pie a Simón en los testículos. Pero esta vez el espía le agarró el pie, lo alzó y retorció, y Carmela dio un grito, giró en el aire, y cayó de bruces, con tal violencia que se partió la nariz, de la cual comenzó a brotar sangre inmediatamente. Simón ni siquiera tuvo tiempo de celebrar o lamentar lo sucedido, pues Araujo se le acercó por detrás, y le golpeó con la pistola en la cabeza. Simón tuvo la sensación de que una bomba estallaba en su cabeza y que una losa de oscuridad caía sobre él, aplastándolo.

Mientras él se derrumbaba como muerto, Carmela se ponía en pie, tambaleante, intentando recoger con ambas manos el tremendo chorro de sangre que seguía brotando de su nariz. Vio perfectamente a Esteban Araujo apuntándole al pecho con la pistola, y todo su dolor y rabia desaparecieron, dejando paso a una estupefacción total.

Plop, plop, disparó Araujo.

A cada disparo pareció que los ojos de Carmela fuesen a salirse de las órbitas, mientras la mujer retrocedía como a brutales empujones, caía sentada al suelo, y tras una especie de bramido caía de espaldas y quedaba inmóvil.

—Bien hecho —aprobó Reinaldo—. Para escapar cuantos menos seamos mejor.

—Tienes razón —asintió Esteban Araujo, mirándole perversamente—. Es por eso que tú vas a quedarte.

—¿Qué?

La boca del silenciador de la pistola de Simón apuntó al centro del rostro de Reinaldo Lugones. La sonrisa de Esteban Araujo pareció helarse.

—Con gusto te cortaría los cojones y te sacaría los ojos —siseó —, pero voy a conformarme con matarte, cerdo inmundo.

—Pero eso será si nos dices antes de un minuto dónde tienes escondido ese gran tesoro que has estado escamoteado al pueblo de San Américo. Oh, no vayas a creer que lo queremos para devolvérselo, querido —Águeda se echó a reír—… ¡Lo queremos para nosotros!

—De modo… que me habéis estado engañando, yo tenía razón…

—Habrías sido demasiado tonto si no lo hubieras sospechado —dijo Águeda—. Pero todo eso ya no tiene importancia… Me refiero a los grandísimos cuernos que te hemos puesto Esteban y yo. Ahora

lo que importa son nuestras vidas, ¿verdad, cariño? Nosotros queremos terminar de vivirlas como si fuésemos los reyes del mundo, y para eso necesitamos tu tesoro. ¿Dónde está?

Reinaldo Lugones apretó los labios, su mirada se endureció. Araujo le contempló con asombro. Acto seguido, bajó la línea de tiro, y apretó el gatillo. La bala acertó a Lugones por encima de la rodilla, derribándolo mientras lanzaba un bestial aullido de dolor.

—Por cada vez que has hecho el amor con Águeda te voy a meter una bala en tu asqueroso cuerpo —jadeó Araujo—, y cuando todavía estés vivo te sacaré los ojos. ¿Es eso lo que quieres? ¿O prefieres decirnos el lugar exacto donde tienes escondido el tesoro?

—Perro —dijo Lugones.

Araujo volvió a disparar, y esta vez la bala destrozó el pie de la otra pierna de Reinaldo, que lanzó otro bramido increíble y se revolcó por el suelo loco de dolor.

—¿Cómo puedes ser tan cretino? —lo reprendió amablemente Águeda—. ¿Ignoras que nadie en el mundo es capaz de resistir las torturas que podemos llegar a hacerte? Vamos, Reinaldo, sé consecuente, al menos: sólo tienes que decirnos dónde está ese tesoro y morirás sin sufrir. De todos modos vas a morir, ese tesoro lo tienes tan perdido como tu vida... ¿Por qué morir rabiando si puedes morir de un solo disparo al corazón?

—Perra... asquerosa —gruesas gotas de sudor brotaban del rostro del ex presidente—... ¡Perros de mierda!

Plop, disparó de nuevo Esteban Araujo. Lugones volvió a gritar, de nuevo se revolcó, y quedó sentado, sangrando ahora profusamente por la perforada oreja izquierda. Su rostro parecía de nata, y sus ojos casi saltaban de las órbitas. De repente se echó a reír, poniéndoles los pelos de punta a Esteban y Águeda.

—No os lo diré —aseguró—... ¡Aunque me hagáis pedazos no os lo diré, no quiero privarme del placer de veros bien jodidos, nada os habrá servido de nada, perros...! ¡Me llevaré el tesoro al otro mundo!

—Eso ya lo veremos —chirrió la voz de Araujo, apuntando de nuevo al herido.

Plof, se oyó el suave chasquido de un arma diferente.

Esteban Araujo ni siquiera gritó. Simplemente, al recibir la pequeña bala en la sien derecha giró sobre sí mismo, soltó la

pistola, y cayó de bruces, rebotando y quedando cara al techo.

Águeda estuvo un instante atónita, incapaz de reaccionar, contemplando el cadáver de su amante.

De pronto miró hacia la puerta, y vio en el umbral a Brigitte Montfort, con la pistola de cachas de madreperla en la mano.

—Maldita —jadeó, desencajado el rostro—… ¡Malditas seas…!

Águeda se abalanzó hacia la pistola que había estado utilizando Araujo, la empuñó, y se volvió como una fiera enloquecida hacia Brigitte, que la contemplaba fríamente desde la misma posición.

—¡Te voy a matar! —aulló Águeda—. ¡Hija de p…!

Plof, disparó fríamente la espía más implacable del mundo. Águeda Martínez respingó al tiempo que su cabeza era sacudida por el impacto en la frente. Luego, despacio, se desplomó hacia atrás, de modo que su cabeza resonó con escalofriante sonido contra el suelo.

La agente Baby se acercó a Reinaldo Lugones, y se acuclilló ante él, sonriente.

—¿Qué tal, amor mío? —saludó.

—Ayúdame —imploró Reinaldo—… ¡Ayúdame! ¡Me estoy desangrando, y tengo terribles dolores en la pierna…!

—¿Por qué habría de ayudarte? —se sorprendió la espía.

—¡Porque me amas!

—Vamos, no digas tonterías… Me acosté una vez contigo porque quería saber quién era el hombre que en San Américo podía asesinar al general Santos Sansalvador y provocar así una contienda civil. Ya me lo dijiste, fui allá, y maté a Álvaro Pedrones. De modo que no sólo no habrá guerra en San Américo, sino que seguirá gobernando el general Sansalvador, que ha sido en todo momento mi candidato a la presidencia de tu país, pues me consta que es honesto e inteligente. ¿Comprendes?

—¡Pero Washington no quiere a Sansalvador!

—Yo sí —sonrió la espía—, de modo que él seguirá donde está. Y tú, «querido», vas a ir al único lugar donde no molestarás más a la humanidad: al exilio eterno.

—No… ¡No me mates! ¡Te diré dónde tengo el tesoro, podremos… podremos compartirlo, te convertiré en una reina…!

—No me gusta ser reina, ni me gustas tú. No hay trato. De modo que voy a enviarte a ese sueño que jamás termina…, sólo que me temo que no será un sueño dorado, como a ti te gusta.

—Sí me matas… nunca sabrás dónde… dónde tengo el tesoro…
—Pero querido, ¡si eso ya lo sé, acabas de decírmelo!
El asombro apareció en los ojos de Reinaldo Lugones.
Plof, disparó la agente Baby.

Este es el final

Desde el interior del coche, Simón-San Américo observaba cómo el equipo especial de la CIA retiraba los cadáveres de la casa. Junto a él, Brigitte fumaba apaciblemente. De repente, el veterano espía la miró.

—Pudieron haber escapado, ¿no?

—Claro que no. Ya le dije, cuando usted me avisó de que iban a salir, que los muchachos y yo nos ocupábamos inmediatamente de los ocho sujetos que había en la casa. Fue de lo más sencillo: los gaseamos, y los sacamos como tocinos para el matadero.

—Ya. Sí, comprendo que en todo momento ha tenido controlada la situación, es muy propio de usted.

—Gracias, muy amable —sonrió Baby.

—Pero nos hemos quedado sin el tesoro en cuestión, ya que usted le mintió a Lugones, ¿verdad?

—Claro que no —se sorprendió la divina—. El tesoro lo tengo yo. Mejor dicho, lo tendrá el general Sansalvador muy pronto, en cuanto reciba la muela postiza de Reinaldo Lugones que voy a enviarle.

—¿Qué muela postiza?

—La que yo le arranqué. Él dijo que se iba a llevar el tesoro al otro mundo, y comprendí enseguida, pues conozco a la gente de ese pelaje; o tenía encima algún truco, o yo no soy quien soy. De modo que después de matarle lo desnudé, vi que no tenía tatuajes, y que en sus ropas no había nada, y entonces pensé en su boca. Efectivamente, tenía dos piezas postizas —Baby desdobló un pañuelito, y mostró las dos muelas al atónito veterano—… Dentro de una de ellas hay un microfilme con toda la información para acceder al tesoro de San Américo. Tesoro que, estoy seguro, el general Sansalvador sabrá invertir magníficamente en bien de su pueblo.

—Usted… ¡usted es formidable! ¡Después de haberla conocido no me importaría morir!

—¡Qué romántico! Pero… ¿no preferiría ir a vivir a París, con un millón de dólares, y vivir allí un exilio dorado con una encantadora y sofisticada jovencita hasta el fin de sus días?

—Vaya que sí —sonrió Simón—, pero ya me dirá usted de donde sacó el millón de dólares y la jovencita.

—Usted supo jugársela trabajando conmigo, Simón —murmuró Brigitte tendiéndole un sobre—… Aquí dentro tiene un cheque por un millón de dólares.

—Oh, Dios… ¡Dios!

—Eso sí —sonrió la espía—: la jovencita tendrá que buscársela usted solo.

—¿Qué… qué… qué puedo… decir?

—*Bon voyage* —rió la divina.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Su Majestad Baby*. <<